

GRADO EN HISTORIA

CURSO 2015-2016

PROPAGANDA Y  
VISUALIZACIÓN DEL  
PODER REAL EN LA  
MONARQUÍA HISPÁNICA:  
FELIPE II (1527-1598)

---

Trabajo realizado por: Óscar Hernández Abreu

Dirigido por: Dr. Adolfo I. Arbelo García

# Índice

---

1. Resumen.....	página 2
2. Antecedentes.....	página 3
3. Introducción.....	página 4
4. Visualización interna del poder real de Felipe II.....	página 6
4.1. El poder de la escritura	
4.2. Felipe II y las artes plásticas	
4.3. La circulación de libros e ideas	
4.4. Rey oculto, Rey sabio	
5. Visualización del poder real de cara a las Provincias Unidas.....	página 17
5.1. La importancia de las Provincias Unidas	
5.2. La necesidad y justificación de una guerra	
6. Visualización del poder real de cara al imperio Otomano.....	página 20
6.1. Lepanto, el triunfo de la fe	
6.2. Felipe II, salvador de la Cristiandad	
7. Visualización del poder real de cara a Portugal.....	página 24
7.1. Campaña filipina por el trono portugués	
7.2. Recuerdos del Portugal de Felipe II	
8. Visualización del poder real de cara a la empresa de Inglaterra.....	página 29
8.1. Campaña propagandística previa	
8.2. Campaña propagandística antiespañola	
9. Visualización del poder en sus últimos años y en la muerte.....	página 34
9.1. El testamento filipino	
9.2. La muerte de Felipe II	
10. Conclusiones.....	página 37
11. Bibliografía.....	página 39
12. Anexo.....	página 41

# **1. Resumen**

---

## **Resumen**

La propaganda y visualización del poder real en el seno de la Monarquía Hispánica fue una constante, desde sus orígenes en los Reyes Católicos hasta la progresiva descomposición decimonónica del imperio español. El reinado de Felipe II (1554-1598) representa el cénit del aparato propagandístico estatal destinado a crear una imagen de la majestad tanto para bien como para mal, tanto para la Corte hispánica y las grandes Cortes europeas, como para el resto del pueblo en cualquiera de los territorios de la Monarquía. Aun así, este proceso de construcción de la figura del Rey no siempre fue del todo fructífero, puesto que se crearon mitos y leyendas en torno a su persona y episodios de su reinado que predominarían en el recuerdo de la producción literaria e historiográfica durante siglos.

## **Palabras clave**

Visualización del poder, Felipe II, Monarquía Hispánica, leyenda negra

## **Abstract**

The use of propaganda and the visualization of the royal power at the heart of the Spanish Monarchy was a constant feature, from its origins in times of the Catholic Monarchs to the progressive dissolution of the Spanish Empire in the 19th century. The reign of Philip II (1554-1598) represents the zenith of the national propagandistic branch which was destined to create an image of his Majesty in both a positive and a negative sense, not only for the Spanish Royal Court and the other great European courts, but also for the existent population in any of the territories dominated by the Monarchy. Nevertheless, this process of construction of the figure of the king was not always as fruitful as it may seem, due to the creation of myths and legends around his character and the episodes related to his reign that would dominate the reminiscence of the literary and historiographical production throughout the subsequent centuries.

## **Keywords**

Display of power, Phillip II, Hispanic Monarchy, black legend

## 2. Antecedentes

---

Felipe II de España no solo fue el dirigente más poderoso del siglo XVI, sino uno de los personajes más destacados de la Historia de nuestro país. Siendo el rey que culminó la formación del primer imperio global jamás conocido, por herencia de sus abuelos y sus padres, llegó a gobernar sobre una cuarta parte de la población mundial. Obviamente, tal colosal imperio no podía mantenerse unificado sin realizar la construcción de un gran entramado de herramientas y mecanismos ideológicos que le permitieran al monarca hacerse presente entre todos sus súbditos, ya fueran de Castilla o de Filipinas. El objetivo de este trabajo es presentar las principales características de esa red llevada a cabo por Felipe II, mediante la investigación de la propaganda realizada en los hechos más destacados de la política interior y exterior del monarca: la construcción del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, la unión de Portugal a la Monarquía Hispánica, la rebelión de las Provincias Unidas de los Países Bajos, la batalla de Lepanto y la lucha contra el musulmán, o el desastroso intento de conquista de la Inglaterra de Isabel I.

Las principales dificultades encontradas a la hora de articular y desarrollar este trabajo han sido básicamente en relación con las fuentes de conocimiento, ya que hay pocos autores y obras que traten la temática de la creación de la majestad real a través de la visualización del poder. Aunque, por otro lado, este mismo motivo es un gran aliciente para trabajar en esta temática, tanto por su originalidad como por su interés para comprender los procesos de justificación ideológica de los monarcas europeos de la Edad Moderna. Partiendo de esto, la metodología utilizada para la realización del trabajo ha consistido en el estudio de la bibliografía que versa sobre este aspecto de la historiografía filipina, desarrollando un análisis exhaustivo y crítico de las distintas aportaciones presentadas por cada autor.

### 3. Introducción

---

Tal y como planteaba Michel Foucault<sup>1</sup>, el poder no basta con poseerlo, hay que ejercerlo y hacerlo visible para seguir manteniéndolo. La élite hispana de la Edad Moderna no entendía el poder solo como la mera capacidad de influenciar o mandar en la política a nivel local o nacional, sino también como el prestigio inherente a la condición nobiliaria que se ostentaba (Soria, 2011). Todo tipo de manifestaciones artísticas, un innumerable conjunto de elementos de la cultura material, o la tratadística genealógica cobran una nueva función, la de servir de herramienta de dominación y justificación del poder sobre los grupos sociales subalternos. Las propias residencias de los nobles evolucionan en gran medida, pasando de ser castillos o fortificaciones en territorios rurales a palacios descomunales ubicados en las vías de mayor tránsito de viandantes en las grandes ciudades, procurando estar lo más cerca posible de los ejes del poder político. Asuntos como las ejecutorias de hidalguía, los escudos de armas, la cantidad de servicio doméstico, el número y variedad de habitaciones de las propias moradas, o todo lo que tenga que ver con la apariencia personal (vestidos, joyas y adornos, peinados), representaba ante el mundo el poder y la respetabilidad de una estirpe. Constituía una forma de marcar la diferencia con el resto de la población, una manera de preservar el orden natural de la sociedad que Dios había querido crear.

De una forma similar se reflejaba la necesidad de la visualización del poder de un monarca de la Edad Moderna como podría ser Felipe II. Ceremonias, procedimientos, hábitos, costumbres y hechos eran lo que sostenía algo tan importante como la reputación, pilar fundamental de la justificación y legitimación de un reinado. No en vano, son muchos los autores contemporáneos a Felipe II<sup>2</sup> que hablan de la importancia del uso propagandístico de lo visual como un campo más de la lucha política. La reputación del Rey y de la monarquía en sí era por tanto una cuestión primordial que bien valía la puesta a punto de un amplio, variado y eficaz entramado de mecanismos de difusión propagandística que reforzaran la imagen que el Rey quería que la opinión pública tuviera de sí mismo. Tal y como nos demuestran diversos autores (Bouza, 1998; Checa Cremades, 1994), un gran cuerpo de intelectuales, hombres

---

<sup>1</sup> FOUCAULT, M. (1991): *Microfísica del poder*. Ediciones La Piqueta, Madrid, 1991 (1ª edición 1977); FOUCAULT, M. (1999): «La verdad y las formas jurídicas», en *Estrategias de poder. Obras esenciales*. Volumen II, Paidós, Barcelona, (1ª edición 1973), pp. 169-281.

<sup>2</sup> El jesuita Juan de Mariana, el autor Juan de Idiáquez, el embajador Francisco Pereira, el novelista Juan de Zabaleta, Fray Lucas de Alaexos, el canónigo Antonio de Hóncala...

letrados, y artistas de todo tipo se pusieron al servicio de la Corona para construir la memoria que quedaría del Rey para la Historia. El cambio drástico que se da en su persona desde una juventud divertida y pícaro llena de juegos y placeres terrenales a su reputación del Rey católico, por muchos conocido como el Rey fraile, es solo uno de muchos ejemplos que demuestran la preocupación por la imagen que proyectaba el monarca hacia el exterior (Bouza, 1998). Incluso después de que el monarca falleciera, se sigue preocupando por la imagen que ha quedado de él, hecho que se ve, por ejemplo, en que en las primeras historias particulares sobre su persona en 1615 no se hablara siquiera de todo el periodo de su vida anterior a su ascenso al trono. Desde el momento en que muere el Rey se hace presente la necesidad de una glorificación de su persona similar a la producida con su padre, ya que hay que alcanzar la categoría de mito. En esta senda, llama la atención tratados como la "*Traca y orden para las honras del Catholico Rey nuestro Senor Don Phelipe el Segundo y apuntamientos de matheria por sus años*"<sup>3</sup>, en el que se quiere escribir una crónica parcial del reinado, en el sentido de que solo se recogen aquellos hechos que parecen más importantes a la hora de conseguir la imagen mítica deseada.

Hasta el siglo XIX, la leyenda negra había influenciado en las crónicas y la opinión generalizada sobre la relación entre Felipe II y la cultura de tal forma que se pensaba que el monarca era un "enterrador de libros", es decir, ignorante, inculto, incompetente, tiránico, perverso, cobarde... No será hasta las últimas décadas del siglo XIX, en el contexto histórico de la Restauración, cuando se producirá la publicación de la correspondencia a mano<sup>4</sup> que Felipe II mantenía con sus hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela entre 1581 y 1585, y con ésta última hasta 1596. A partir de este descubrimiento se va a humanizar la figura del Rey, haciéndolo más sentimental y familiar, y desvelando su gran trabajo de gobierno ejercido personalmente o su gran pasión por la cultura, las artes y las ciencias. Sin embargo, esta labor de rescate del olvido tuvo varios errores, propios de la historiografía de la época. Por un lado, adoleció de un marcado presentismo en su interpretación del pasado español, resumido en una gran nostalgia del vasto imperio español perdido. Por otro lado, se tachaba de imposible también para la época de Felipe II una equilibrada relación entre la política y la cultura, denunciando que ésta segunda siempre estaría al servicio de la primera.

---

<sup>3</sup> CHECA CREMADES, F. (1989): "Felipe II en el Escorial. La representación del poder real", en *Anales de Historia del Arte*, nº1, pp. 122.

<sup>4</sup> Las cartas fueron publicadas por Louis-Prosper Gachard en París en 1884, tras encontrarlas en Turín, donde siguen estando hoy en día, Bouza, 1998a, pp. 169-170.

## 4. Visualización interna del poder real de Felipe II

---

### 4.1. El poder de la escritura

A lo largo del siglo XVI se produce un proceso por el cual se va distinguiendo la mayor eficacia de la escritura o lo visual frente a la palabra hablada como medio de difusión propagandístico. Los motivos que llevan a defender lo escrito o representado sobre lo hablado son numerosos: en primer lugar, por la mayor amplitud de público a la que va dirigido. La propaganda oral solo se podía realizar en estado presencial, transmitiéndola de boca en boca, mientras que todo tipo de escritos pueden ser leídos en cualquier espacio y momento, incluyendo también a minorías sociales excluidas de la propaganda oral, como los sordos y los mudos. En segundo lugar, por la mayor conservación en la memoria colectiva del mensaje original, ya que un escrito sobrevive mucho mejor a la distancia y el paso del tiempo que un mensaje transmitido oralmente. Y tratándose de un tema tan importante como la creación de la imagen del monarca, había que garantizar la mayor relevancia y trascendencia del mensaje posible. Y en tercer lugar, por su carácter mucho más exportable, lo que lo hace muchísimo más útil que un mensaje oral en su labor de difusión propagandística en las Cortes extranjeras. Y es que en la segunda mitad del siglo XVI ya era evidente la "escriturización" de la sociedad (Bouza, 1998), un proceso por el que los más importantes nobles pasaron de ser grandes militares a ser hombres muy versados en las letras y los oficios de pluma.

Sin embargo, lo escrito también contaba con una prelación interna. Aunque era preferible la escritura impresa que la manuscrita por la rapidez de edición y los menores costes económicos que conllevaba, la escritura impresa denostaba menos autoridad que la manuscrita, ya que ésta era menos numerosa, más original y editable, y sobre todo, menos falsificable, lo que le daba una mayor credibilidad. El propio Felipe II fue un innegable monarca amante de lo escrito (Martínez Millán, 1994), llevando a cabo su pasión por la escritura casi todos los días hasta su muerte y en casi todas las circunstancias imaginables. Gracias a ésta, se conserva un gran conjunto de documentos manuscritos del Rey, fruto de su continua ocupación en la glosa de despachos y consultas. La escritura de un Rey servía ante todo para ordenar el trabajo de los consejos, para establecer la prelación de asuntos que debían ser discutidos, o para repartir los negocios sin más. Sin embargo, Felipe II hace suya la negociación de una manera más autoritaria: impone la consulta escrita y fija las opiniones y votos de los

consejeros, rechaza modifica o responde las consultas en sus glosas, y, en definitiva, tiene bajo su control todo tipo de memoriales, despachos, minutas y consultas de todo tipo de temáticas, grandes o pequeñas, relevantes o insignificantes. Con todo ello, el Rey presumía de una conducta centralizadora en su persona, algo que era mucho más de lo que le competía en su oficio de Rey: conservar su persona, encarnar en su majestad la realidad de una comunidad política ante sus propios súbditos y ante los demás reinos, y procurar el mantenimiento de los equilibrios existentes dentro de la particular constelación de poderes que encabezaba.

A la hora de realizar la construcción de la imagen real en las crónicas e historias particulares de la época, los Reyes tenían que ganarse el favor de los historiadores o cronistas, ya que de ellos dependía el punto de vista positivo o negativo con el que impregnaran los escritos sobre su persona<sup>5</sup>. Felipe II era muy consciente de la capacidad de lo visual para justificar, prestigiar y reduplicar su poder e influencia entre los súbditos de todo el vasto imperio español, por lo que la premisa de la que va a partir la red de propaganda real va a ser que quien quiere ser recordado y respetado debe ser primero imaginado. De hecho, Felipe II fue el monarca europeo del siglo XVI que mayor atención puso a la creación de la reputación y la imagen real de su persona y su reino (Bouza, 1998). Esto implicaba hacer presente al Rey entre sus súbditos de las mayores y más variadas formas vistas hasta el momento: todo tipo de manuscritos e impresos, todo tipo de grabados, cuadros, estampas y panfletos, construcciones arquitectónicas (desde los efímeros arcos triunfales hasta la Biblioteca laurentina), metáforas políticas (como la unión indisoluble entre Rey y reino), rezos diarios en las ceremonias religiosas...

## **4.2. Felipe II y las artes plásticas**

En las obras de arte con el Rey como protagonista no se buscaba la mayor naturalidad posible, sino que se intentaba manipular la realidad en base a los deseos de transmisión de la imagen real anhelada. Los canales habituales por los que se conseguía esto era por la alegoría o el símil. La primera de ellas se ve reflejada en la mayoría de

---

<sup>5</sup> Un ejemplo paradigmático de la manipulación del cronista es la comparación entre las crónicas de Isabel I y su hija Juana. Mientras que la primera quedó glorificada por las grandes hazañas de su reinado, la vida de la segunda quedó reflejada en el sobrenombre que siempre la acompaña, Juana "la loca", Bouza, 1998a, pp. 50-57.

retratos de glorificación del Rey, de procedencia mayoritariamente italiana<sup>6</sup>. Un ejemplo perfecto es el retrato de bronce realizado por Leoni, una alegoría en la que Felipe II aparece comparado con los emperadores romanos y con la imagen de su propio padre, estableciendo así sutilmente una idea de continuidad dinástica en los Habsburgo. Otro tópico bastante utilizado es la comparación del Rey con el Sol y el Dios Apolo<sup>7</sup>. En ambos casos, se trata de identificar al Rey con un personaje omnipresente y perfecto del que emanan virtudes eternas, como la firmeza, el buen gobierno, la valentía, la serenidad, el combate contra la herejía, o la fortaleza personal, entre otros muchos.

La segunda de ellas es la más repetidamente utilizada, plasmada en las obras de artistas como Antonio Moro, Sofonisba Anguiscola, Sánchez Coello o Pantoja de la Cruz. Mientras que en los retratos de la corte de Isabel I de Inglaterra (su mayor adversaria en cuanto a calidad y cantidad de propaganda de la imagen real) estos símiles se hacen a través de objetos alegóricos, son la disposición, la postura o la actitud de los personajes en escena lo que marca el significado simbólico del cuadro, destacando la casi total ausencia de símbolos materiales aparte del retratado. Uno de los elementos esenciales del simbolismo regio era la armadura, un caso especialmente claro de mezcla de elementos idealizados y reales, ya que sabemos que Felipe II apenas participó en acontecimientos militares de forma directa. Existe otra gran diferencia entre la forma de representar la majestad regia en los cuadros de artistas italianos como Tiziano y Leoni, y la de cuadros de artistas flamencos como Antonio Moro. Mientras que los italianos presentan una imagen solemne, mayestática y clásica del monarca, los retratos flamencos son menos impositivos, y son los que van a predominar en la corte española de la segunda mitad del siglo XVI (Checa Cremades, 1994).

En otro de los campos de las artes plásticas, la arquitectura, hay que hablar indudablemente del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. El motivo que llevó a Felipe II a construir tan imponente monumento de su reinado está claro: fue el cumplimiento de una promesa hecha por el Rey para reconciliarse con Dios al comprobar cómo la victoria de San Quintín había supuesto la profanación y destrucción de un convento de monjas el mismo día en que la Iglesia recordaba a San Lorenzo, un mártir español. Sin embargo, como es de imaginar, hay motivos políticos detrás. La magnificencia con que está proyectada la construcción desde el principio es una muestra

---

<sup>6</sup> Ciertas medallas conmemorativas, retratos de Leoni o Tiziano como "La Gloria" o la "Alegoría de la Batalla de Lepanto"...

<sup>7</sup> Tópico muy socorrido por panegiristas como Belcredi, Colonna o Goveano en el momento de la muerte del Rey en 1598, Checa Cremades, 1989, p. 127.

de la firme creencia del Rey en su propia grandeza. Decidido a emprender aquella obra, lo primero que hizo Felipe II fue mandar a su arquitecto regio, Gaspar de Vega, a recabar información por Europa, para averiguar cuáles eran las edificaciones religiosas más notables del continente y así poder sobresalir por encima de ellas. Lo segundo fue nombrar a un arquitecto de renombre que realizara tal magna obra<sup>8</sup>, siendo elegido para ella Juan Bautista de Toledo en 1559, quien había sido aparejador de Miguel Ángel en el Vaticano y arquitecto del virrey de Nápoles.

Era preciso alzar un monumento tal como nadie había visto jamás, un edificio que fuera digna memoria de sus padres, los Emperadores defensores de la Cristiandad, y que fuera en resumen el testimonio grandioso de la dinastía, un perpetuo recuerdo de su grandeza al contar con los enterramientos de sus padres, del suyo propio y del de sus familiares y sucesores. Este respeto de Felipe II hacia sus padres se ve, por ejemplo, cuando proyecta los dos grupos fúnebres que presidirán la basílica del monasterio, reservando el lugar de honor para ellos. La costumbre al respecto era que apareciesen en la capilla mayor el enterramiento del fundador o de la pareja fundadora, pero el Rey fue más allá y quiso ampliar este grupo familiar a cinco personajes dividido en dos grupos fúnebres. Por otro lado, la propaganda del poder de Felipe II con respecto a la fundación escurialense no se podía quedar con su construcción y sus enterramientos, había que proveer su mantenimiento generosamente<sup>9</sup>. Estas grandes cantidades de dinero invertidas en el monasterio escurialense desataron quejas y críticas hostiles entre sus contemporáneos, en una Corona de Castilla cada vez más endeudada. Esta obra nos habla pues de la profunda devoción del Rey, de su fuerte sentimiento dinástico, de la grandeza con que quiere que se perpetúe su reinado y el de sus padres, y del coste económico insufrible casi faraónico (Álvarez Fernández, 1998) que tuvieron que soportar los súbditos de la Monarquía Hispánica.

Además de la proeza arquitectónica del propio monasterio, no hay que olvidar todo lo que llenaba el interior de El Escorial, un edificio enorme cuyas pasillos contaban con valiosas pinturas al fresco, lienzos pintados al óleo, numerosas esculturas religiosas y una biblioteca con personalidad propia. De ese modo, era un taller de primer orden sobre el que gravitaban todo tipo de artistas de la Europa católica, aunque con unos grandes y meticulosos filtros de aceptación impuestos por su estricta formación

---

<sup>8</sup> Las obras de construcción del Monasterio de El Escorial duraron veintiún años, desde la primavera de 1563 hasta finales de verano de 1584, Álvarez Fernández, 1998, p. 895.

<sup>9</sup> Las obras del monasterio en teoría costarían 96000 ducados anuales, aunque hay historiadores contemporáneos que afirman que llegó a costar el triple, Álvarez Fernández, 1998, p. 900.

religiosa, lo que le hacía ser muy conservador y reacio a las novedades. Por ese motivo, su estilo sería un estilo sobrio pero en medidas colosales, algo que va a perfilar a la perfección tanto Juan Bautista de Toledo como su sucesor en el diseño de las obras, Juan de Herrera. En la pintura, hay que decir que Felipe II era un gran admirador de El Bosco, que rechazó al Greco<sup>10</sup> y que aceptó que Tiziano pintara cuadros religiosos para el oratorio del Rey, alejados de los cuadros eróticos que había pintado por encargo del entonces príncipe. A pesar de no contar con el Greco y aparte de las aportaciones de un Tiziano envejecido, el Rey llevó a cabo su mecenazgo con otros notables artistas italianos, como Navarrete, Zuccaro, Luca Cambiaso, o Pellegrino Tibaldi, discípulo de Miguel Ángel; y flamencos, como las piezas del Bosco o Roger van der Weyden. Por otro lado, en la sacristía y en las piezas contiguas predomina la sensación de estar en un museo para la contemplación y el goce estético (Álvarez Fernández, 1998) ante las obras venecianas de Tiziano, Veronés o Tintoretto, y algunas obras renacentistas de Sebastián del Piombo, Correggio Rafael, Gerard David, Gossaert, Patinir... En general, el objetivo de las pinturas que llenaban el monasterio era incitar a la devoción, conforme a las normas emanadas del Concilio de Trento, pero dado la gran extensión del edificio<sup>11</sup>, también había lugar para pinturas no religiosas, como los lienzos de la sala de las Batallas, una larga galería de 55 metros donde aparecen pinturas de batallas del pasado (la batalla de Higuera de 1431) o del presente (la batalla de San Quintín).

### 4.3. La circulación de libros e ideas

Sin duda, el instrumento que más va a servir para la creación de la imagen real de Felipe II es la imprenta, un medio de difusión propagandística mucho más eficaz, masivo y popular que las grandes obras de arte, y a través del cual el monarca quería establecer su ideal de monarquía. Con la Edad Moderna y este invento revolucionario, se abrió un nuevo mundo para el uso de los libros, que dejaban de ser escritos por la mano de un autor guiado por la voluntad divina, y daban pie a la aparición de nuevos oficios, como el de corrector o el de impresor de su Majestad, ostentado por Alonso Gómez entre 1567 y 1584.

---

<sup>10</sup> "Su admiración por el Bosco será una de las pocas referencias culturales que podemos ver en las cartas íntimas escritas a sus hijas. Por el contrario, tanto en contra de la opinión actual como la contemporánea, rechazó colocar el cuadro *El martirio de San Lorenzo* en una de las capillas de la basílica", Álvarez Fernández, 1998, pp. 901-902.

<sup>11</sup> El Escorial es una monumental construcción que está dividida en monasterio, basílica, panteón, palacio, biblioteca y seminario.

La imprenta era un medio que podía estar al servicio de la propaganda monárquica expresando la asociación indisoluble entre el oficio y la persona de la monarquía con lo religioso y divino. Un recurso fundamental en la creación y mantenimiento de la imagen real del monarca era la manipulación de la conservación de la memoria (Bouza, 1998). Es decir, que solo se conservaba lo que se quería conservar, ya porque fuera importante o porque no fuera peligroso. Por el contrario, todo tipo de documentos incriminatorios, personales, familiares, y de órdenes fueron pasto del fuego por carecer de importancia o por ser peligrosos de cara a la imagen pública del monarca si se llegaban a conocer.

Felipe II sabía perfectamente que documentos y libros podían ser sus grandes aliados o sus mayores enemigos, por lo que va a llevar a cabo un estricto control sobre la producción y circulación de todo tipo de libros e ideas, bien impidiendo posibles filtraciones de manuscritos del Rey o bien favoreciendo a aquellos documentos, libros, e ideas que estuvieran al servicio de sus objetivos. Superando el mito sostenido por la historiografía tradicional<sup>12</sup> con respecto a Felipe II, la cultura, los libros y todo lo que tuviera que ver con ellos, hay que recordar que el Rey fue destinatario de las dedicatorias de muchos hombres de letras, algunos de los cuales escribieron gracias a su mecenazgo, y que fue el fundador de la magna Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial, una de las mayores bibliotecas del mundo. La relación entre el Rey y los libros va a ser ambigua a lo largo de todo su reinado, ya que, al mismo tiempo que llevaba a cabo grandes empresas de edición de libros<sup>13</sup>, va a publicar el *Index librorum prohibitorum* o las *Ordenanzas sobre el hecho y gobierno de los imprimidores, libreros, y maestros de escuela* en las Provincias Unidas. Esta evidente ambigüedad quizá respondía al sentimiento generalizado de recelo de los reyes cristianos ante los libros tras la Reforma protestante, teniendo en cuenta el uso propagandístico que los reformados habían dado a la imprenta para sus intereses, de tal modo que se puede decir que el Rey estuvo contra los libros y por ellos (Bouza, 1998).

La correspondencia que mantuvieron durante años el impresor amberino Cristóbal Plantino y Felipe II no es solo una valiosa fuente de conocimiento que ilustra buena parte del uso político de la tipografía moderna, sino que refleja la Historia

---

<sup>12</sup> "Hasta mediados del siglo XIX, la historiografía tradicional veía en la figura de Felipe II al máximo enemigo de los libros, por ser el máximo ejecutor de la censura, y por levantar un horrible sistema destinado a intervenir intensamente la producción y circulación de libros gracias a la figura comisarial del prototipógrafo", Bouza, 1998a, p. 157.

<sup>13</sup> La magna edición de la *Polígota*, la *Biblia Regia*, los libros litúrgicos del *Nuevo Rezado*...

política europea de la segunda mitad del siglo XVI (Bouza, 1998). Con Plantino, Felipe II va a elevar a la categoría de regio officio las labores del impresor, estableciendo con la tipografía una relación que iba más allá de la simple condición de mecenas. Un ejemplo de esto son los *Advertimientos*, manuscrito del Rey de 1571 en el que describe detalladamente al impresor de Amberes las instrucciones que debía seguir para la impresión de los breviarios, diurnales y misales que iban a ser impresos en sus prensas siguiendo lo dictaminado por el Concilio de Trento. Estudiando las dedicatorias y textos laudatorios de los libros impresos por Plantino podemos conocer cuáles eran los grandes personajes de cada momento, y cuáles fueron las distintas fases episódicas por las que pasó el conflicto entre la Monarquía Hispánica y los Países Bajos.

Buena parte de la política de propaganda de Felipe II consistió en mostrar a sus súbditos y a extranjero su omnipresencia a la derecha de Dios, mostrándole como el auténtico defensor de la Fe y ejecutor de la República cristiana. Ya que el pueblo corriente no tenía acceso a las grandes obras de arte que podían exponerse en sitios como el Escorial, hay que fijarnos en medios de difusión propagandística más mundanos, como el grabado. Un ejemplo paradigmático es la estampa *Jesucristo y Felipe II* de Hans Liefvink y Hieronymus Wierix (1568), en la que se ve al monarca haciendo pareja con el Salvador, sobre varias citas de las Sagradas Escrituras, para transmitir el mensaje de que los Reyes gozaban del favor divino, por lo que no respetar la autoridad del Rey implicaba ir contra Dios y la Santa Iglesia. La gran eficacia en la difusión de grabados de este estilo se debía al sistema mecánico de reproducción de estampas o documentos, que permitía obtener multitud de copias a partir de una matriz única a un precio más bajo y en un periodo de tiempo más corto que a través de la copia manuscrita. Así se conseguía hacer al Rey presente entre sus súbditos, reforzando su autoridad y justificando su ideal de monarquía.

Dentro del aparato propagandístico de Felipe II con respecto a la religión destacan las cartas generales para plegarias (Bouza, 1998). Estas cartas eran enviadas con relativa frecuencia por el Rey a prelados provinciales y cabildos para que éstos organizaran dentro de sus órbitas de influencia continuos rezos y oraciones por el bienestar del monarca, los cuales se sumaban al recuerdo que ya se llevaba a cabo ordinariamente en las misas. Junto a ésta, una segunda carta se enviaba a las justicias locales para que se aseguraran de que se cumpliera con los rezos encomendados. En general, las razones públicas por las que se justificaba el requerimiento de estas plegarias eran religiosas, para pedir un especial favor divino de cara a un

acontecimiento o suceso importante. La lectura de los mensajes del Rey debían realizarla los clérigos en las misas con la custodia sacramentaria expuesta sobre el altar, para asociar la solemnidad litúrgica del acto religioso con la lectura de las peticiones del Rey. Para la organización de estas plegarias se hizo imprimir un advertimiento que fue distribuido por todas las iglesias para dejar claras las intenciones del Rey y el modo en que debía llevarse a cabo todo: los rezos, la forma de anunciarlos, la preparación de los templos, los motivos por los que eran las plegarias, la colecta que había que añadirse... En contextos más ordinarios, había que rezar no solo para pedir la unión de la Cristiandad<sup>14</sup>, sino para pedir que los cielos protegiesen al Papa, el representante de Dios en la Tierra, y a Felipe II, el Rey elegido por Cristo para ser el máximo valedor de la Cristiandad.

El objetivo en todo caso era enorme, puesto que se trataba de hacer rezar a todas las iglesias de la Corona de Castilla durante tres horas a la mañana y tres a la tarde, en un ciclo continuo y rotario de un año en el que cada parroquia tenía sus días asignados<sup>15</sup>. Obviamente, el Rey obtenía un notable beneficio político de este entramado de rezos estatal, ya que, por una parte, tanto su figura como la de la institución monárquica salían reforzadas al ser consagradas en solemnnes actos litúrgicos de la Iglesia, y por otra parte, podía usarse para acallar y disminuir las críticas y la impopularidad de las instituciones ante el crecimiento de los impuestos.

En el otro lado de la balanza de la propaganda estatal a través del control de las mentalidades se encuentra el control sobre la producción y circulación de libros. En este orden de cosas, el mejor caso es el de la Biblioteca Laurentina fundada por el Rey en el monasterio de El Escorial. Debido al gran coste que suponían los libros, las bibliotecas eran usadas como reflejo de la riqueza y poderío de su fundador, en la medida del número de ejemplares (y cuantos más raros y difíciles de conseguir mejor) conseguidos. Dotar una biblioteca de fondos permitía al príncipe practicar el mecenazgo humanista sobre todo tipo de intelectuales y hombres letrados. Asimismo, el volumen de libros que se reunirían en esa biblioteca permitirían al rey incrementar su conocimiento sobre todo tipo de temáticas, haciendo que su capacidad de decisión en los asuntos de gobierno mejorase.

---

<sup>14</sup> Es decir, la concordia de los príncipes cristianos, la extirpación de las herejías y la reforma de las costumbres del buen cristiano.

<sup>15</sup> Un ejemplo bien conocido es el arzobispado sevillano, dividido en ciento once sedes que tenían que dedicar cada una tres días al año a las plegarias, Bouza, 1998a, p. 145.

Durante su periodo de construcción y ornamentación (concretamente, entre 1563 y 1598) ya se había enviado pinturas, esculturas, antigüedades, libros, y objetos científicos y litúrgicos varios procedentes de las colecciones artísticas de sus antepasados o adquiridas especialmente por el propio Rey, todo con el fin de competir en grandeza con la biblioteca Vaticana, siendo así una muestra más de la grandeza del monarca español. Aparte de las adquisiciones personales de Felipe II<sup>16</sup>, la Laurentina se nutrió de las prestigiosas bibliotecas de personajes notables como Diego Hurtado de Mendoza, Benito Arias Montano, Pedro Ponce de León, Ambrosio de Morales, Juan Páez de Castro... y también de otras fundaciones reales, como la de la capilla real de Granada (García-Frías Checa, 1999). Además, la Biblioteca Laurentina también podía presumir de tener uno de los mejores fondos de códices griegos y árabes, con más de 500 ejemplares de muy diversas materias. A nivel artístico, atesoró una gran colección de estampas de Durero y de los artistas flamencos e italianos más importantes del siglo XVI, así como una notable colección de dibujos, y sin olvidar la galería de retratos de personajes ilustres y las majestuosas decoraciones al fresco del salón principal. Más allá de esto, la Laurentina también era un gabinete científico y anticuario para que el que se compraron mapas, globos celestes y terrestres, astrolabios, relojes, monetarios, una gran colección de reliquias...

Sin embargo, Felipe II recibió muchas críticas por la ubicación de esta magna biblioteca. La principal de ellas se basaba en el hecho de que Felipe II instalara una biblioteca tan magnífica en un monasterio de frailes jerónimos que ni siquiera estaba instalado en ninguna ciudad importante como podría ser Valladolid, por lo que no se hacía accesible para todos los estudiosos. No se entendía porque Felipe II no la fijó en su propia Corte o en alguna localidad que tuviera universidad o actividad comercial o administrativa. Una posible razón para este "ocultamiento" de los libros se puede deber al ya mencionado uso propagandístico que los reformados hicieron de ellos. Éstos interpretaban de forma distinta la "Verdad revelada" y las obras de las grandes autoridades del cristianismo, por lo que había que vedar como fuera posible el acceso de estos rupturistas a todos los libros que pudieran ser susceptibles de reedición canónica.

---

<sup>16</sup> "Entre los extranjeros, un presunto manuscrito de San Agustín, varios códices, el *Apocalipsis* del Beato de Liébana, el *Codex Aureus*, el *Apocalipsis* de Saboya, y una colección de manuscritos isidorianos, o códices raros y antiguos de autores clásicos, como Virgilio, Tito Livio, Horacio y Plinio. Entre los castellanos, *Las cantigas de Santa María*, el *Libro de los juegos* y el *Lapidario* de Alfonso X el Sabio, crónicas diversas sobre los reyes de los distintos reinos cristianos medievales, o varios ejemplares de Santa Teresa de Jesús firmados por ella misma...", Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1998, p. 223.

Tal y como explica Fernando Bouza (1998), por ese motivo existía una especie de paranoia en el mundo eclesiástico y entre los defensores de la Fe, creyendo ver herejes en todas partes robando la verdad depositada en los libros. Este clima paranoico se refleja, por ejemplo, en el hecho de que la Biblioteca Vaticana endureció mucho sus requisitos de acceso y cambió el sistema de organización de los libros, para que no se colara ningún reformado indeseable.

A partir de todo esto, se puede concluir que la fama de "enterrador de libros" que se le atribuyó a Felipe II hasta el siglo XIX fue injusta. Ni siquiera las críticas a la ubicación de la Biblioteca Laurentina son justificables, puesto que ésta responde a los paradigmas de las demás grandes bibliotecas de la segunda mitad del siglo XVI en su tendencia a guardar los libros como tesoros que hay que custodiar.

#### **4.4. Rey oculto, rey sabio**

Uno de los rasgos que más definió a Felipe II fue el carácter hermético y sobrio de su personalidad. Los mejores ejemplos de esto los encontramos en el campo de la construcción de la imagen del rey, en la notable ausencia presencial del Monarca ante sus súbditos, o en algunas de sus decisiones, como la de construir El Escorial y acabar retirándose en él. La formalización y el sentido de estricto protocolo que preside toda la vida de la Corte son algunos de los rasgos más característicos del entorno de Felipe II (Checa Cremades, 1989). Y así es como se comprende el por qué de tantos retratos del propio Rey, de su familia y de su entorno cortesano. Sin embargo, cabe destacar que la solemnidad, el distanciamiento y la frialdad no son rasgos exclusivos de Felipe II, sino que son comunes a la imagen de las monarquías de finales del siglo XVI. Al no existir en España elementos visuales de la monarquía o solemnes ceremonias públicas tan cargadas de simbolismo y propaganda del poder como las de Francia o Inglaterra, el Rey se oculta, se encierra en sí mismo, rechazando una excesiva publicidad en los símbolos de poder que pudiera ser contraproducente para su idea de majestad oculta y encerrada.

La idea de retiro presidía gran parte de las actividades de Felipe II, y eso se puede observar en muchos testimonios contemporáneos<sup>17</sup>. Pero, lejos de ser una particularidad de Felipe II, es un rasgo de los Austrias españoles, ya que los retiros de

---

<sup>17</sup> Algunos informes de embajadores extranjeros, como los venecianos Badoer y Lorenzo Priuli en 1578 y 1576, o el padre Diego Murillo de Zatagoza, entre otros, Checa Cremades, 1989, p. 130.

Carlos I a conventos o palacios alejados de la vida mundana fueron frecuentes, a lo que hay que unir la idea de la Corte alejada de la fastuosa presencia del Rey. La propia presencia de Felipe II en el Escorial es el mejor ejemplo de esta concepción del Rey oculto, puesto que no hay noticias acerca posibles rituales solemnes de entrada del Rey a sus aposentos, sino todo lo contrario. De hecho, es Jean L'Hermitte quien menciona que el recorrido del Rey hasta sus aposentos es "*el más anti ceremonial y anti solemne posible*" (Checa Cremades, 1989, p. 131). No existía una puerta ni un salón especialmente suntuoso que sirviera para acoger las recepciones del que se suponía que era el Rey más poderoso de su tiempo. Del mismo modo, L'Hermitte explica el rígido ceremonial por el que Rey y su familia, y los miembros de la Corte entraban en el edificio: los primeros por la Iglesia principal, siendo recibidos en el Patio de los Reyes por el Prior y la comunidad eclesiástica, y los segundos a través del patio del Palacio, sin ningún tipo de recibimiento y teniendo que recorrer la Galería y la Sala de Batallas antes de entrar en los aposentos reales.

Al igual que la imagen de Felipe II se corresponde con la de Rey oculto, también se equipara a su continua referencia a la Sabiduría como una de las virtudes esenciales que pueden tener los príncipes. Esto se puede ver, por ejemplo, en los escritos del jurista López Madera (Checa Cremades, 1989, p. 131) poco antes de morir el rey. Para él, la Sabiduría va unida a la Justicia, ambas características esenciales que debería tener todo rey español. Por este motivo, en la elaboración de la imagen filipina se compara continuamente al Rey con Salomón, rey sabio y justo por excelencia. Atendiendo a esto y a los panegiristas y oraciones fúnebres realizadas a su muerte, el mayor triunfo de Felipe II como nuevo Salomón es la construcción del Monasterio de El Escorial, comparado éste con el nuevo Templo de Jerusalén y Felipe II como nuevo Rey de Judá. (Checa Cremades, 1989). La elaboración mítica de esta idea, que se desarrolla en los últimos años de su reinado, va aparejada a la aparición de una tendencia editorial que trataba de justificarla. Ejemplo de ello es el patrocinio de una empresa editorial llevada a cabo por dos jesuitas romanos que pretendía reconstruir la verdadera imagen del templo de Salomón (Checa Cremades, 1989, p. 132), inspirándose en el edificio escurialense, el libro escrito al respecto por Arias Montano, o los capítulos dedicados a ésta en las crónicas del Padre Sigüenza. Esta equiparación del Felipe II como Rey Sabio culmina en el sermón panegírico que Fray Alonso de Cabrera predicó en Madrid en 1598 por la muerte del monarca y que se estructuró en una continua comparación dinástica entre Carlos I y David, y Felipe II y Salomón.

## 5. Visualización del poder real de cara a las Provincias Unidas

---

### 5.1. La importancia de las Provincias Unidas

En 1559, Felipe II volvió de las Provincias Unidas a España para no volver a ir nunca más. En su ausencia, nombró a una serie de gobernadores generales<sup>18</sup> y estatúderes que, junto al Consejo de Estado y el Consejo Secreto, acumulaban el poder en el país. Asimismo, la élite social y las ciudades celebraban sus propias asambleas en el marco de los Estados Provinciales, organismo que solo podía ser convocado por el rey con objetivos concretos. Sin embargo, desde que el todavía príncipe Felipe II visitó por primera vez las Provincias Unidas en 1548, pasando por el momento en que las heredó de su padre en 1555, y hasta que empezaron las primeras operaciones militares de la guerra de Flandes en 1568, cambiaron muchas cosas. En primer lugar, se produjo una rápida y continua expansión del calvinismo, en clara contraposición a la política confesional católica de Felipe II. En segundo lugar, se fue iniciando un proceso de fortalecimiento del poder y autoridad del monarca, como antecedente histórico del absolutismo, que nada gustó entre las élites sociales flamencas, que temían una pérdida de sus tradicionales privilegios. Y en tercer lugar, hay que encuadrar todo este contexto histórico en un marco internacional de oposición a la hegemonía europea encabezada por la Monarquía Hispánica (Bouza, 1998, pp. 155-156).

El imperio de Felipe II se estaba jugando en la rebelión de las Provincias Unidas mucho más que unos simples territorios en el noroeste europeo, por lo que, además de la guerra militar, también hubo una guerra propagandística por ambos bandos. Por un lado, los rebeldes lanzaron gran cantidad de manifiestos con su versión de la Realidad y la Verdad a través de múltiples libros y estampas en las que presentaban a Felipe II como un tirano cruel y déspota que quería destruir la prosperidad y libertad de las Provincias Unidas. Estos panfletos publicitarios en un principio solo fueron realizados por los servidores más cercanos a los líderes de la rebelión, ya que, aunque servían como forma de legitimar su causa por medio de argumentos políticos, religiosos e ideológicos, tenían que superar grandes obstáculos para llevarlos a cabo, puesto que los mandatarios y consejeros más importantes no eran favorables a la rebelión. Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, los panfletos fueron creciendo en cantidad y en el tono utilizado,

---

<sup>18</sup> Margarita de Parma, Fernando Álvarez de Toledo, Luis de Requesens, Juan de Austria y Alejandro Farnesio asumieron el gobierno de los Países Bajos durante el reinado de Felipe II.

elevando las quejas y los ataques contra la persona del rey. Un ejemplo clarividente de esta propaganda anti filipina y anti católica está representado en la *Apología*, publicada por Guillermo de Orange en 1568, en el que arremetía contra los españoles y en especial contra el cardenal Antonio Perrenot de Granvela, del Franco condado (Wessels, 1999, p. 159). Otro de los autores más destacados de esta propaganda antiespañola fueron Beza, Buchanan, Althusius, los "monarquomachos" (un grupo antimonárquico), Hotman, Duplessis-Mornay, o van Verlatinge, entre otros (Wessels, 1999, p. 159). Por otro lado, el rey llevó a cabo una campaña propagandística que tuvo mucha menor repercusión y efectos que la de los sublevados, ya que se basaba en la defensa del catolicismo como la verdadera religión y su persona como única autoridad legítima.

## **5.2. La necesidad y justificación de una guerra**

Fernando Álvarez de Toledo, el Duque de Alba, llegó a Bruselas en agosto de 1567 con una detallada lista de objetivos ideados por Felipe II a conseguir en un plazo de gobierno máximo de seis años (Parker, 2010, pp. 509-511). La particularidad de este gobierno radicaba en que era el primer gobernador de los Países Bajos que no era miembro de la familia real, sustituyendo en el cargo a Margarita de Parma, hermana del rey. La más importante de estas tareas era la de arrestar y castigar ejemplarmente a todos los implicados en las revueltas religiosas que se venían dando desde el año anterior. Para ello, creó a principios de septiembre un nuevo tribunal judicial, el Consejo de Trublas, para juzgar a todos los sospechosos de rebelión o herejía, arrestando para dar ejemplo a los condes de Egmont y Hornes<sup>19</sup>, a sus secretarios y a varios líderes políticos, con previa autorización del rey. Unos meses después, en la noche del 3 de marzo de 1568, se produjo el arresto simultáneo de más de 500 sospechosos en todo el territorio de las Provincias Unidas. A lo largo de los cinco años siguientes, el Consejo de Trublas va a juzgar a más de 12000 personas por traición, condenando a más de 9000 a la pérdida parcial o total de sus bienes, y ejecutando a un millar de ellos.

En el otro principal propósito encargado por el rey, el Duque de Alba no tuvo tanto éxito, puesto que tenía que reformar la estructura financiera de las Provincias Unidas de tal manera que las mismas pudieran autofinanciarse los costes de su

---

<sup>19</sup> Ambos condes fueron ejecutados, previa autorización del rey, en la Plaza Mayor de Bruselas el 5 de junio de 1568.

administración y defensa, y aportar, además, 300 000 ducados anuales al Estado. El propio Felipe II había establecido que esta cantidad monetaria se consiguiese a través de la imposición de la alcabala, mas Alba pronto le hizo conocedor de la inviabilidad del proyecto debido a la resistencia de los funcionarios financieros a llevarla a cabo. El tercer gran objetivo a cumplir por el gran duque, el cual también fue un gran éxito, estaba vinculado con la campaña propagandística anti filipina anteriormente mencionada. Se trataba de organizar una gran redada simultánea en todo el país por la que agentes del gobierno entraran en todas las librerías e imprentas para confiscar todas las obras prohibidas publicadas, dejando después hombres de confianza en cada una de ellas para que se asegurasen que éstas siguieran la ortodoxia reglamentaria. En la correspondencia mantenida entre Alba y el rey, también se informaba del proceso de aplicación de otras medidas: la purga de profesores heréticos, el cumplimiento de los edictos de herejía, la creación de nuevos obispados, la imposición de castigos a las villas en las que hubiera desórdenes, la proclamación de un Perdón General a los que todavía no habían sido condenados, o la restauración de la Inquisición tal y como era antes de que la abolieran... (Parker, 2010, pp. 510-511)

Tras acabar con éxito la campaña militar de 1568, lo que creyó que era una prueba más del favor divino hacia Felipe II, el duque de Alba siguió adelante con la publicación de la Biblia Regia, la puesta en práctica en todas partes de los decretos del Concilio de Trento, o construyendo ciudadelas en enclaves estratégicos como Amberes, al mismo tiempo que presionaba a cada provincia para aprobar la alcabala que el rey había exigido. Este desproporcionado sentimiento religioso de Cruzada contra la Herejía y en pro de la verdadera religión, la católica, estuvo siempre presente en el reinado de Felipe II, aunque se hizo especialmente importante a partir de 1568. Este fervor religioso se manifestó en las justificaciones que los funcionarios del Estado o el propio rey alegaban a la hora de tomar decisiones difíciles, aludiendo a su necesidad para los intereses de España y la causa de Dios. De este modo, atribuían las victorias militares a la intervención y el favor divino, y los fracasos a momentos de debilidad humana. Esta total identificación entre la causa de Dios y sus propios intereses llevó a Felipe II a justificar y mostrar como necesarias incluso sus decisiones más extremas en la guerra de Flandes. Un caso paradigmático es el sucedido en 1585, cuando Alejandro Farnesio, gobernador por aquel momento, convenció a varias ciudades rebeldes de que se rindieran a cambio de una limitada tolerancia religiosa durante un tiempo, decisión que revocó el rey al enterarse (Kagan, Parker, 2001, p. 338).

## 6. Visualización del poder real de cara al Imperio Otomano

---

### 6.1. Lepanto, el triunfo de la Fe

El camino hacia la batalla de Lepanto comenzó cuando el imperio otomano ocupó la isla de Chipre en septiembre de 1570. Fue en ese momento cuando la República de Venecia empezó a buscar la ayuda de otras potencias cristianas del Mediterráneo para frenar la expansión turca. El Pontífice Pio V fue el primero en mostrar su ayuda a los venecianos, ya que veía la lucha contra el turco como una cruzada contra el infiel. Aunque el Papa mandó enviados a todos los gobiernos cristianos para pedirles que se unieran en una Santa Liga para hacer retroceder a las fuerzas otomanas, su mayor esperanza era la Monarquía Hispánica y Felipe II. Tras unas negociaciones con el Papado por las que recibió unas concesiones financieras, Felipe II se unió a la Santa Liga en mayo de 1571 en la creencia de que, como miembro más poderoso, podría dirigir la estrategia a seguir por la gran flota. La firma oficial de la creación fue en Roma en base a una serie de condiciones: por un lado, el monarca español pagaría la mitad del presupuesto operativo, mientras que Venecia, el Papado, y algunos otros aliados italianos pagarían la mitad restante, y, por otro lado, sería Don Juan de Austria quien comandaría la flota castellana combinada de 200 galeras, 100 embarcaciones de transporte y 50000 soldados, a reunirse en Mesina.

A finales de septiembre, los almirantes otomanos decidieron pasar el invierno en el golfo de Lepanto, pues suponían erróneamente que sus enemigos no iniciarían operaciones militares a esas alturas del año. Don Juan de Austria partió de Mesina con la mayor flota cristiana de la Historia: 280 galeras, entre veinte y treinta naves, y seis barcos de guerra de nuevo diseño, las galeazas (Parker, 2010, p. 542). El primer destino de la flota fue Corfú, pero, al no encontrar las guarniciones turcas, bajaron hasta el golfo de Lepanto. Antes del amanecer del 7 de octubre de 1571, toda la flota otomana (230 galeras y unas 70 naves más ligeras) zarpó de sus posiciones defensivas siguiendo órdenes del sultán, Mehmet Sököllük. Aproximadamente unos 170 000 hombres, entre remeros y combatientes, lucharon en la batalla de Lepanto, y al atardecer, 60000 de ellos estaban muertos o heridos. El mar quedó completamente cubierto de decenas de barcos rotos y hundidos, y teñido por la sangre de miles de cadáveres flotantes. Aunque sufrieron la pérdida de 7500 muertos y unos 20000 heridos, la victoria de la Santa Liga fue contundente, debido a que habían capturado 117 galeras y 13 galeotas, 400 piezas

de artillería y unos 3500 prisioneros, además de haber liberado a unos 15000 esclavos de las galeras otomanas (Parker, 2010, pp. 542-543).

El gran éxito de la Santa Liga encabezada por la Monarquía Hispánica va a tener un gran impacto cultural que va a quedar reflejado en multitud de textos e imágenes propagandísticos desde ese último tercio del siglo XVI y a lo largo de todo el siglo XVII. En el caso que nos atañe, toda la campaña se va a centrar en realzar dos ideas: por un lado, que este gran triunfo se consiguió bajo el inmejorable liderazgo castellano, y, por otro lado, el incansable compromiso de los reyes de la Monarquía Hispánica en la defensa de la Cristiandad católica (Mínguez, 2011, p. 257). El principal ministro del rey, el cardenal Diego de Espinosa, llegó incluso a comparar Lepanto con la destrucción del ejército del faraón en el Mar Rojo (Kagan, Parker, 2001, p. 324). Felipe II encargó al pintor genovés Luca Cambiaso seis grandes lienzos<sup>20</sup> que conmemoraran la batalla y que estarían destinados al palacio de verano del Escorial, haciendo presencia alegorías y dioses como la Fama, la Victoria, Neptuno, la Fortuna o Belona. La victoria en la batalla de Lepanto coincidió además en el mismo año con el nacimiento de su hijo varón Fernando (1571-1578), lo que el rey vio como un indudable signo del favor divino a la monarquía.

Para celebrar ambos acontecimientos, encargó al pintor Tiziano dos inmensos lienzos conmemorativos, *Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando* y *La religión socorrida por España* (Fig. 1 y 2, véase en anexo). En el primero se ve al monarca elevando hacia el cielo con sus manos a su hijo recién nacido, donde hay un ángel o la alegoría de la Victoria para entregar al niño una palma en símbolo de triunfo a la vez que va a coronarle con el laurel. Alrededor del rey y su hijo se puede ver un turco que ha sido despojado de sus vestimentas de guerrero y hecho prisionero y al fondo barcos destruidos, simbolizando la derrota de la flota del Imperio Otomano en Lepanto. El segundo de éstos es aun más alegórico, viniendo a presentar de nuevo a la Monarquía Hispánica como la mayor defensora del catolicismo. La Cristiandad y España aparecen representadas como dos mujeres, de las cuales la primera está siendo asesinada por venenosas serpientes a su alrededor, y la segunda es la salvadora que viene con armas para aniquilar a las serpientes, que simbolizarían tanto el infiel turco como cualquier otro tipo de herejía. Al igual que en el otro cuadro, en el fondo aparece

---

<sup>20</sup> Los seis lienzos son *La salida de la Armada cristiana del Puerto de Messina*, *La Armada cristiana sale al encuentro de la del Turco*, *Las dos armadas en línea de batalla*, *El abordaje*, *Retirada de los restos de la armada turca*, y *El regreso de la Armada vencedora*.

pintada la batalla de Lepanto y un turco hundiéndose en el mar. (Mínguez, 2011, p. 271-275).

## 6.2. Felipe II, salvador de la Cristiandad

Los reyes y emperadores de la rama castellana de la Casa de Austria fueron los mayores defensores de la Cristiandad católica durante los siglos del Renacimiento y el Barroco, protegiéndola constantemente de las amenazas a las que tuvo que enfrentarse: el surgimiento de las religiones protestantes, la expansión del Imperio Otomano en el este del Mediterráneo, o la evangelización de las civilizaciones paganas existentes en las colonias ultramarinas de América y Asia. Mientras que Carlos I fue el emperador católico renacentista que combatió a turcos y protestantes, que derrotó a la Liga de Esmalcalda en la batalla de Mühlberg (1547), y que inició la cristianización de las Indias Occidentales destruyendo a las culturas precolombinas, Felipe II va a convertirse en el rey volcado en la Contrarreforma. Durante su reinado va a acabar el Concilio de Trento, a reforzar la Inquisición y los Autos de Fe, a proseguir con mayor o menor éxito la lucha contra los infieles y herejes en el Mediterráneo y Europa, y a continuar con la evangelización colonial.

Una de las imágenes en las que mejor queda patente la estrecha relación entre los Austrias (en este caso, Felipe II) y el favor divino es la estampa *El Salvador entrega las insignias del poder a Felipe II ante el pontífice*, publicada por Wierix en 1568. Tal y como indica el propio título, el rey recibe de la propia divinidad un orbe terráqueo, una espada, una palma y una cruz encajada en una corona. En señal de humildad ante el Creador, tanto el Papa como el rey han depositado sus propias insignias de poder sobre la mesa ante la que aparecen arrodillados, a lo que se suma el yelmo y los guantes que completan la armadura del monarca y que están en el suelo. Por medio de esta concesión de insignias se da a entender pues que el papel de defensor y salvador de la Cristiandad que hasta ahora desempeñaba el emperador del Sacro Imperio lo ocupa ahora Felipe II y la Monarquía Hispánica (Mínguez, 2011, p. 257).

Otro ejemplo por antonomasia, esta vez en la pintura, es una de las más célebres obras de El Greco, *Alegoría de la Liga Santa*, (Fig. 3, véase en anexo) también llamada *Sueño de Felipe II*, *La adoración del nombre de Jesús*, o *La gloria de Felipe II*. En el cuadro se distinguen dos zonas superpuestas y comunicadas entre sí: por un lado, en la parte superior se representa el cielo, con sus ángeles entre nubes alrededor del anagrama

de Jesucristo; por otro lado, la parte inferior está dividida en dos espacios, una en la que se ve a una multitud arrodillada encabezada por los líderes de la Santa Liga, Felipe II, el papa Pio V y el Dux de Venecia, acompañados de Don Juan de Austria, y otra en la que se refleja entre llamas las puertas del Purgatorio y las fauces del infierno devorando a los condenados, infieles y herejes. Más allá de la iconografía del cuadro, la iconología del cuadro quiere transmitirnos la idea de una monarquía contrarreformista, encabezada por la Monarquía Hispánica y la Casa de Austria, destinada a construir un imperio universal y cristiano que llegará hasta el día del Juicio Final (Mínguez, 2011, p. 278).

## 7. Visualización del poder real de cara a Portugal

---

### 7.1. Campaña filipina por el trono portugués

Hasta que fue proclamado Rey de Portugal y jurado por las Cortes de Tomar, en septiembre de 1580 y abril de 1581, respectivamente, Felipe II tuvo que llevar a cabo una intensa y prolífica campaña propagandística como aspirante al trono portugués. Esta campaña, iniciada desde la muerte sin descendientes del rey Sebastián I en agosto de 1578, contó con dos grandes ejes sobre los que se articularon todos los argumentos esgrimidos: por un lado, la legitimidad dinástica, ya que Felipe II era tío por vía materna de Sebastián I (hijo de Juana de Austria, su hermana), y heredero de las tentativas de unión ibérica en el pasado; por otro lado, la promesa de prosperidad, defendiendo a ultranza los ingentes beneficios económicos y políticos que obtendría Portugal como reino integrante de la Monarquía Hispánica.

Desde septiembre de 1578, y durante gran parte de 1579, se recurrió a antiguas escrituras medievales y otros textos de archivos para preparar no solo las alegaciones jurídicas que legitimaban la candidatura de Felipe II al trono portugués, sino también los argumentos que contrarrestaban los testimonios de los otros candidatos<sup>21</sup>. Aunque el archivo que más sirvió a los intereses de la Corona fue el archivo de Simancas, también se recurrió a los fondos de numerosos cartularios monásticos como el de Santa Clara de Alcocer. Indudablemente, si hubo un documento que marcó la diferencia, ese fue *Capítulos del rey Don Manuel*, también llamado *Artículos de Lisboa de 1499*, hallado en el archivo de la cámara de Lisboa (Bouza, 1998, p. 125). Este texto establecía que, debido a la muerte del príncipe Juan (el hijo heredero de los Reyes Católicos) en 1497, en la figura del príncipe Miguel, hijo de Manuel I de Portugal e Isabel de Castilla nacido en 1498, y por tanto, nieto de los Reyes Católicos, se unificarían los reinos ibéricos, de tal forma que Miguel sería Rey de Castilla, Aragón y Portugal. Unos meses antes de que Isabel de Castilla muriera en el parto del mismo, había sido nombrada con Manuel herederos de Castilla en las Cortes de Toledo y herederos de Aragón en las Cortes de Zaragoza, desmontado así el argumento de los adversarios de Felipe II de que un rey extranjero no estaba legitimado a reinar en Portugal. Sin embargo, tal unión nunca llegó a producirse porque el legítimo sucesor de las Coronas de Portugal, Aragón y Castilla

---

<sup>21</sup> Los otros candidatos eran Antonio, prior de Crato y nieto del rey Manuel I de Portugal, y Catalina de Portugal, hija del infante Eduardo, IV duque de Guimarães, y nieta del rey Manuel I.

murió en Granada en julio de 1500, antes de cumplir los dos años, y poco después de haber nacido en Gante el futuro Carlos V. Felipe II se presentaba pues como restaurador del plan de Manuel I ocho décadas después, confirmando las mismas condiciones y garantías para el reino portugués exigidas, basadas principalmente en el mantenimiento de los particularismos lusitanos y la conservación de todo el aparato de tribunales, dignidades y oficios ya existentes en Portugal (Bouza, 1998, p. 129).

Las condiciones exigidas por Manuel I, y confirmadas por Felipe II, se resumían en que Portugal fuera un reino integrado en la Monarquía Hispánica en condiciones igualitarias con los otros reinos ibéricos, de tal modo que cualquiera que no fuera natural del reino no pudiera ocupar oficios relacionados con la Justicia, la Hacienda, los corregimientos de comarcas y distritos, o los cargos militares; que nadie pudiera interponerse en el camino portugués de la exploración africanas; que las Cortes de Portugal no pudieran reunirse fuera del territorio luso; o que, en ausencia del Rey, hubiera una forma de gobierno delegado personal o colectivo siempre ejercido por un natural. También se establecía que, cuando el rey estuviera fuera del reino luso, debía llevarse consigo un grupo de consejeros que tratarían con él todas las materias de gobierno y la concesión de gracias reales, hablando siempre en lengua portuguesa. Al unirse todas estas disposiciones al definitivo Estatuto de Tomar de abril de 1581, se adaptaron algunas de las peticiones al presente: el grupo de consejeros se convirtió en el Consejo de Portugal, la forma de gobierno delegado se convirtió en el sistema de gobernadores y virreyes... Aparte de las establecidas en los tiempos de Manuel I, en el Estatuto de Tomar de 1581 se añadieron algunas cláusulas nuevas, desde referencias a la entrada del pan de Castilla a la provisión de armamento, pasando por la entrada de los portugueses a los oficios de la Casa de Borgoña o la apertura de los puertos secos (Bouza, 1998, p. 133).

El otro polo de la campaña propagandística de Felipe II en su pretensión al trono portugués fue la promesa de gloria, prosperidad y paz si se lograba la unión ibérica. En este sentido, uno de los documentos más útiles fue el *Diálogo llamado Philippino*, escrito por el licenciado Lorenzo de San Pedro con dos objetivos claros: desarticular la pretensión al trono de la infanta Catalina, y presentar la candidatura de Felipe II como la mejor según el derecho divino natural, civil, canónico, consuetudinario y las leyes reales de Portugal (Bouza, 1998, p. 75). Lo excepcional de este manuscrito radica en que defiende la causa a través del uso de ilustraciones en el que se presentan alegorías, emblemas y jeroglíficos. En todos ellos se muestra a través de diversos medios cómo

Portugal es la pieza fundamental que falta para que la victoria, la concordia, la abundancia, la justicia y la prosperidad reinen de nuevo reunidos, disipando así las dos grandes dudas generadas en torno a la pretensión filipina: los temores por la condición de Portugal dentro de la Monarquía Hispánica, y los hipotéticos beneficios que el país conseguiría si apoya al monarca castellano. En lo referente al primero, el *Diálogo* representa una alegoría llamada "Confederatio" (Fig. 4, véase en anexo) en la que se ve a un lechoncillo dividido en dos cuerpos perfectos totalmente separados pero unidos por el pescuezo en una sola cabeza. En cuanto al segundo, se figura bajo el título "Re tributio" (Fig. 5, véase en anexo) una alegoría en la que se ve a las tres gracias (Talía, Aglae y Eufrosine) sosteniendo un escudo de Portugal, flores y espigas. Aquí entran en juego las ventajas económicas de las que Portugal saldría beneficiada, como abastecerse del trigo castellano para acabar con la escasez de cereales, o participar abiertamente en el comercio del imperio español.

Tras la muerte de Enrique I, el rey cardenal, se autoproclamó rey Antonio, el prior de Crato, el 24 de julio de 1580, lo que provocó que Felipe II enviara un ejército<sup>22</sup> a Portugal a reivindicar su derecho a trono. La "Jornada de Portugal", como así se le llamó, consistió en la breve campaña del contingente militar filipino para conquistar Portugal, y que se saldó con la huida del prior antes del final del verano a las Islas Azores. Finalmente, Felipe II sería proclamado rey de Portugal el 12 de septiembre de 1580, haciendo su entrada triunfal en Lisboa el 5 de diciembre, y siendo jurado ante las Cortes portuguesas de Tomar el 16 de abril de 1581. El sitio elegido para la ceremonia fue el convento de la Orden de Cristo, que había sido minuciosamente preparado con llamativas representaciones que hacían referencia a la unión ibérica y su derecho divino a gobernar. Empezando por el duque de Braganza, la élite social portuguesa pronunció un juramento de lealtad al nuevo rey, correspondido con un Perdón General que sólo exceptuó a 49 personas, entre ellas al prior de Crato usurpador (Parker, 2010, p. 729).

Para Felipe II, ser el Rey de Portugal no solo implicaba la unión ibérica, sino que significaba también sumar todos los territorios coloniales pertenecientes al imperio portugués. Cuando el virrey de la India y otros gobernantes de las colonias ultramarinas le proclamaron rey a lo largo de los meses siguientes, Felipe II se convirtió en el soberano del primer imperio global de la Historia, abarcando desde Madrid hasta

---

<sup>22</sup> Formado por 20000 soldados de infantería italianos, alemanes y españoles, 1500 soldados de caballería y 136 piezas de artillería, y dirigido por Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, el Duque de Alba.

México o la India, pasando por Mozambique, Madeira, Guinea, Manila, Tánger o la propia Lisboa, entre otras.

## 7.2. Recuerdos del Portugal de Felipe II

En las escasas representaciones que nos han llegado a la actualidad de Felipe II como Rey de Portugal se buscó exaltar las principales virtudes y grandes hazañas acometidas, de tal manera que estas obras de arte portuguesas suponen un reflejo puro de lo que fue la visualización del poder como medio para justificar, prestigiar y reduplicar la autoridad y figura del monarca (Bouza, 1998, pp. 58-68).

Para el reino de Portugal, los ingenieros y arquitectos de Felipe II diseñaron un conjunto de cuarenta proyectos arquitectónicos a llevar a cabo, de los cuales solo tenemos certeza de la realización de tres. De este trío, la mayor empresa filipina en Portugal fue la ampliación del conjunto palaciego de la Ribeira das Naus iniciado por Manuel I, añadiéndole un torreón obra de Filippo Terzi o Juan de Herrera que no existe en la actualidad, ya que fue destruido por un terremoto en 1755 (Bouza, 1998, p. 83). Aunque el conocimiento sobre el interior de este torreón es muy limitado, se sabe que contaría con tres plantas, de las cuales la superior estaba dedicada a ser la Sala Real en la que se recibiría a los embajadores. Tal sala estaría majestuosamente decorada con todo tipo de representaciones de las grandes hazañas y logros de Felipe II.

Por otro lado, para el día de la entrada triunfal de Felipe II a Lisboa, el 27 de junio de 1581, se construyeron una quincena de arcos triunfales, decorados con todo tipo de representaciones simbólicas e ilustrativas de las gestas del rey<sup>23</sup>, entre las que no se ignoró todo el proceso por el que había pasado Portugal en esos años<sup>24</sup>. Una de las imágenes más icónicas de la Sucesión de Portugal es la que cierra el ya mencionado *Diálogo llamado Philippino* de Lorenzo de San Pedro (Fig. 6, véase en anexo). En ella, el rey aparece armado para reclamar su herencia, presentando a los portugueses su amor en forma de un corazón en llamas en la mano derecha y su mano izquierda extendida con el pulgar levantado, símbolo de su liberalidad y su favor hacia Portugal (Bouza, 1998, p. 88).

---

<sup>23</sup> Entre ellas encontramos imágenes del poder universal de Neptuno, Atlas descansando su pesada carga sobre el nuevo rey, alusiones a la herencia recibida de Carlos V, Astrea confirmando la Justicia, Jano comparando al rey y su imperio con el Sol, héroes romanos como Escipión..., Bouza, 1998a, p. 87.

<sup>24</sup> En uno de los *paineis* de un arco levantado encontramos las esperanzas de que Portugal ha depositado en la monarquía de Felipe II tras la desaparición de los Avís, o la conciencia de que se ha iniciado una nueva época histórica. En otro arco, se vería cómo la pérdida del rey Sebastián y Enrique el Cardenal solo es consolable por Felipe II, buen pastor que cuidará del rebaño portugués.

Cuando Felipe II se marchó de Portugal en 1583 dejando al Duque de Alba como virrey de Portugal, abandonó un reino que no volvería a ver a su rey hasta el viaje de Felipe III en 1619, más de treinta y cinco años después. Aunque en Lisboa se desplegó un aparato ceremonial y propagandístico similar en su disposición y recorrido al utilizado por su padre en 1581, Felipe III fue mucho peor recibido en los ánimos de los portugueses, descontentos tanto por la suspensión de algunas de las cláusulas establecidas en las Gracias de Tomar como por el desinterés de la política exterior de la Monarquía Hispánica por los intereses imperialistas portugueses. Aquí se plantea una de las contradicciones historiográficas por excelencia del Portugal de los Felipes, ya que, a pesar de que fue el propio Felipe II el primero que incumplió las disposiciones de Tomar, en la memoria colectiva de Portugal va a quedar para la Historia como el único rey que "había respetado a Portugal" (Bouza, 1998, p. 89). Esto se ve reflejado, por ejemplo, en los arcos triunfales construidos con motivo del viaje de Felipe III a Portugal en 1619, puesto que Felipe II aparece siempre ocupando los lugares de honor como el ejemplo del buen gobernante. Un caso paradigmático es el "Arco de los orífices y lapidarios" de João Baptista Lavanha (Fig. 7, véase en anexo), en cuyo centro se representa a Felipe II el día de su entrada triunfal a Lisboa de 1581. A ambos lados inferiores del lugar central ocupado por el monarca se hallaban las representaciones simbólicas del imperialismo castellano y portugués en las figuras de Cristóbal Colón y Vasco da Gama, mientras que a ambos lados superiores, en estricto equilibrio con el rey, aparecían los escudos de las Coronas reales, en referencia al trato de igualdad que debía dar la Monarquía Hispánica a los dos imperios coloniales.

## 8. Visualización del poder real de cara a la empresa de Inglaterra

---

### 8.1. Campaña propagandística previa

La idea de invadir Inglaterra y derrocar a Isabel I para devolver al reino al catolicismo del que se había separado con la creación del anglicanismo en el reinado de Enrique VIII no comenzó en los años previos al intento de invasión de 1588, sino mucho atrás. En el verano de 1554, antes de ser rey de España, Felipe II se convirtió en rey consorte de Inglaterra al casarse con la reina María I Tudor, hermanastra de la futura Isabel I. Al ser de religión católica, durante su corto reinado (1553-1558) se encargó de abolir todas las medidas religiosas separatistas promulgadas por su padre, Enrique VIII, llevando a Inglaterra otra vez al catolicismo y a la subordinación ante el Papado y la Iglesia. Sin embargo, cuando María I murió, fue su hermanastra Isabel quien la sucedió en el trono, puesto que una de las cláusulas matrimoniales que se habían establecido era que, en caso de que María muriera antes que Felipe, éste renunciaría a todo derecho a la sucesión en el trono de Inglaterra. Isabel I va a restablecer la obra de su padre, devolviendo a Inglaterra al anglicanismo y separándose completamente de la Iglesia y el Papado. Esto desemboca en que el papa Pio V la excomulgue en febrero de 1570 en la bula pontificia *Regnans in Excelsis*, negando a la reina su derecho a serlo y eximiendo de toda lealtad a sus súbditos católicos.

Tras la victoria de la Santa Liga en la batalla de Lepanto, el papa Pio V esperaba de Felipe II que invadiera Inglaterra y derrocar a Isabel I aludiendo a la defensa y salvación cristiana<sup>25</sup> del reino hereje, guerra que el monarca español no quería iniciar. El suceso que hizo cambiar de opinión a Felipe II ocurrió en la primera quincena de octubre de 1585: una flota inglesa dirigida por sir Francis Drake había ocupado puertos gallegos, destrozado iglesias, maltratado a clérigos y capturado barcos y rehenes. Además, en los meses siguientes, va a hacer una incursión en las Islas Canarias, a saquear ciudades españolas en el Caribe y a regresar a Portsmouth con un botín valorado, como mínimo, en 9 millones de libras esterlinas al cambio actual (Hutchinson, 2013, p. 359).

Los sucesos acaecidos en la empresa de Inglaterra antes y después de 1588 constituyen un gran ejemplo de manipulación de la realidad a favor de la visualización

---

<sup>25</sup> No sería la última vez que el Papado le haría esta petición. En abril y en agosto de 1585, el papa Sixto V hizo un llamamiento al monarca español para que invadiera Inglaterra en su intento de conseguir algún triunfo importante para la Iglesia católica, siendo dos veces rechazado por el rey, Parker, 2010, p. 813.

del poder de dos monarcas tan poderosos como Isabel I de Inglaterra y Felipe II de España. Sendas campañas propagandísticas siguieron caminos opuestos, ya que la inglesa comenzó impregnada de un gran temor a un desembarco español y desembocó tras 1588 con muestras exageradas de entusiasmo y júbilo, mientras que la española comenzó marcada por un gran providencialismo mesiánico y acabó encubriendo y relativizando la derrota de la Gran Armada (Stradling, 1990, pp. 9-11). Felipe II y sus ministros tenían absoluta confianza en que la Armada y la invasión serían un gran éxito, superando incluso todos los problemas estratégicos a los que debía enfrentarse para ello. Tal confianza se manifestó, por ejemplo, en el mensaje dirigido a las Cortes de Castilla en enero de 1588 escrito del puño y letra del rey para avisar a sus procuradores de que, a pesar de los grandes costes que suponía, la invasión culminaría en triunfo porque estaba al servicio de Dios y por el bien de la fe católica (Parker, 2010, p. 843). También, para elevar la moral del ejército antes de partir, a todos los oficiales y caballeros aventureros de la Armada se les entregó un panfleto publicitario en Lisboa escrito por Pedro de Ribadeneira en el que les instaba a navegar "*con contento y alegría*" porque iban a "*una empresa gloriosa, honrosa, necesaria, provechosa y no dificultosa*" en la que "*Dios nuestro Señor, cuya causa y santísima religión defendemos, irá delante. Con tal capitán, no tenemos que temer*" (Hutchinson, 2013, p. 144).

El carácter de misión divina que quería impregnarse a la empresa de Inglaterra se reflejó perfectamente en los actos públicos antes de que la flota partiera. El estandarte bendito de la Armada, decorado con las armas de España flanqueadas por Cristo crucificado y la Virgen María, fue trasladado solemnemente al puerto, pasando por múltiples filas de soldados y marineros arrodillados, hasta llegar a la nave capitana, donde había otra imagen de la Virgen María en la vela mayor. Además, el papa Sixto V declaró una indulgencia especial para todos los que zarparan con la Armada y para quienes rezaran por su victoria. Por todos los territorios de la Monarquía Hispánica hubo oraciones constantes por el éxito de la invasión y procesiones extraordinarias los días de feria y domingos. A su vez, en el palacio de El Escorial, la familia real se organizaba en relevos de tres horas para rezar (Hutchinson, 2013, p. 139). También la propia Armada, en el camino a su destino, debía cumplir estrictamente una serie de normas, ideadas por el propio monarca para estar siempre en connivencia con la divinidad, que se leían en público tres veces a la semana: todo soldado o marinero debía confesarse y comulgar antes de embarcar, a bordo estaba prohibido el juego, la blasfemia y la sodomía, era obligado rezar cada día al caer la noche el *Ave María* y el

*Salve Regina*, a lo que se sumaría la letanía de Nuestra Señora los sábados... (Hutchinson, 2013, p. 140-141)

Aun así, no todos eran tan optimistas con respecto al destino de la empresa de Inglaterra. Aunque después volvió a confiar en el éxito de la misión, Don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, meses antes de partir manifestó en una carta que estaba cada vez más convencido de que la Armada representaba un grave error, que apenas tenía esperanzas de éxito, y que solo un milagro podía salvarla. Sin embargo, los consejeros del rey prefirieron ocultarle y no mostrarle la carta al rey para no alarmarlo, respondiendo a Medina Sidonia que, en una causa tan justa como esa, Dios proveería por su éxito (Hutchinson, 2013, p. 125). También el almirante Martín de Bertendona, comandante de la escuadra de Levante, se mostró mucho menos entusiasta en su correspondencia con un emisario papal, al advertirle de que las naves inglesas eran más rápidas y prácticas, y que contaban con muchos más cañones que las de la Armada (Hutchinson, 2013, p. 140).

## **8.2. Campaña propagandística antiespañola**

De los 129 barcos con los que la Armada partió desde La Coruña hacia Inglaterra a finales de julio de 1588, al menos cincuenta de ellos se hundieron o naufragaron en diversos momentos y por distintas razones, causando en torno a 12500 muertos<sup>26</sup>. A pesar de que Medina Sidonia tomó la decisión de abandonar el intento de invasión y volver a España con los menores daños posibles el 10 de agosto, las primeras noticias<sup>27</sup> del desastre no llegaron al palacio de El Escorial hasta el 3 de septiembre. Paulatinamente, los barcos supervivientes de la Grande y Felicísima Armada fueron entrando en varios puertos de las costas septentrionales de España a lo largo de los meses de septiembre y octubre. Las bajas inglesas fueron mucho más satisfactorias, ya que solo habían perdido los ocho brulotes y 150 hombres que habían usado en las aguas de Calais. Sin embargo, no se puede hablar de un gran triunfo inglés y una gran derrota española, debido a que en la batalla solo fueron destruidos cuatro barcos, perdiendo el resto de embarcaciones y vidas en los accidentes o tormentas que la Armada tuvo que

---

<sup>26</sup> "La Armada regresó con menos de 4000 de los 7707 marineros con los que había partido, y solo 9500 de sus 18703 soldados" (Hutchinson, 2013, p. 264).

<sup>27</sup> Un despacho de Francia que informaba de la derrota y huida de lo que quedaba de la Armada hacia el norte de Escocia e Irlanda, pasada por su secretario privado, Mateo Vázquez. Hutchinson, 2013, p. 261.

soportar en su huida y viaje de regreso, o en el prácticamente nulo cuidado de los enfermos y heridos<sup>28</sup> que se transportaba a bordo.

Las reacciones no se hicieron esperar. A medida que se iba conociendo la escala del desastre e imperaba la impotencia por no poder atender a los miles de heridos supervivientes que habían llegado a puertos españoles, Felipe II fue apartándose del mundo, encerrándose en El Escorial y negándose a ofrecer audiencias ni a llevar a cabo la gestión diaria del gobierno. El duque de Medina Sidonia fue uno de los más criticados, atribuyendo la derrota de la Armada a su mala gestión y estrategia, su excesiva timidez, su inexperiencia y su falta de valor (Hutchinson, 2013, p. 268). Por otra parte, en Roma las oraciones por el triunfo de la Armada se pararon a mediados de octubre, sin que el Vaticano hubiera aportado ni una sola moneda de las prometidas como aliado en la invasión.

Esta vez fueron la Inglaterra anglicana de Isabel I y sus aliados protestantes del continente los que llevaron a cabo una ingente campaña propagandística destinada a remarcar y mofarse de la absoluta derrota española. En las Provincias Unidas de la rebelión se acuñaron también varias medallas conmemorativas<sup>29</sup> para celebrar la derrota de la Armada española, y en territorios luteranos del Sacro Imperio se publicaron grabados caricaturescos en pliegos sueltos, con la inscripción burlesca "Vino. Vio, Huyó". En Inglaterra, a pesar de que los soldados y marineros ingleses corrieron la misma suerte con las enfermedades y el escaso tratamiento médico de los heridos que los españoles, Isabel I encargó acuñar varias monedas conmemorativas<sup>30</sup> para celebrar arrogantemente el aplastamiento de la Armada española. Pocos días después de la huida de la Armada, el Consejo Privado fue a la catedral de San Pablo a dar gracias por la victoria de Inglaterra, celebrándose en los días siguientes desfiles militares, justas y teatrillos. El 8 de septiembre se celebró en San Pablo una segunda misa de agradecimiento, en la que se exhibieron los estandartes de combate capturados a los españoles, y se eligió el 19 de noviembre como día nacional de agradecimiento por

---

<sup>28</sup> Los heridos y demás personas a bordo murieron por malnutrición, la contaminación del agua potable, las deficiencias en el tratamiento médico, el frío inusual del Atlántico norte para esa época del año, o por enfermedades como la gripe, el tifus, o el escorbuto, Hutchinson, 2013, p. 264.

<sup>29</sup> "Una de ellas tiene en el anverso una imagen del globo terráqueo que se resbala de las manos del rey español. Muestra asimismo una inscripción que simboliza la convicción protestante de que Dios, en aquella batalla contra el Papado, estaba de su lado", Hutchinson, 2013, p. 278.

<sup>30</sup> En una de ellas se ve en el anverso el año, una familia de cuatro miembros en oración y las palabras "Homo proponit, Deus disponit" (El Hombre propone, Dios dispone), mientras que en el reverso se ve la imagen de un barco que se parte en dos con la inscripción "Hispani fugiunt et pereunt nemine sequente" (Los españoles huyen y mueren sin que nadie les persiga), Hutchinson, 2013, p. 280-281.

haberse librado de los españoles (Hutchinson, 2013, p. 283). En el terreno artístico, destaca la obra alegórica *Los tres señores y las tres damas de Londres*, en el que se identifica y asocia a los españoles con el orgullo, la vergüenza, la ambición, la traición, la tiranía y el terrero, mientras que a nivel popular se publicaron múltiples panfletos y se compusieron baladas cáusticas para burlarse de los españoles y conmemorar la victoria inglesa.

Sin embargo, la muestra de visualización del poder más ostensible que se hizo en Inglaterra por esta victoria fue *El retrato de la Armada* (Fig. 8, véase en anexo), expuesto en la actualidad en la abadía de Woburn. En este óleo, Isabel I aparece con un vestido estampado con soles y una gran perla, símbolo de su castidad, suspendida de su canesú. La mano derecha descansa sobre un globo terráqueo, apuntando con los dedos al Nuevo Mundo, y con el codo derecho casi tocando una corona imperial. Flanqueando a la reina al fondo se ve, a la izquierda, cómo los barcos ingleses destruyen la flota española, y a la derecha, cómo los barcos españoles embarrancan empujados por el viento de Dios. Además, en la esquina inferior derecha aparece una sirena tallada, símbolo de las artimañas femeninas que atraen a la muerte a los marineros incautos, en clara alusión a la Armada española (Hutchinson, 2013, p. 287-288).

## 9. Visualización del poder en sus últimos años y en su muerte

---

### 9.1. El testamento filipino

Desde que en 1591 había ocupado el cargo de su cuñado fallecido, Mateo Vázquez, Jerónimo Gasol era el secretario de la Junta de Gobierno (denominada Junta de Noche hasta septiembre de 1593), por lo que se encargaba tanto de las cartas como de los memoriales dirigidos al "rey en su mano" y la correspondencia rutinaria. En 1594, recibió el testamento de Felipe II<sup>31</sup>, ya validado no solo con la firma y rúbrica del monarca y su sello real, sino con la de los consejeros más importantes de la Monarquía Hispánica, entre los que se encontraba Rodrigo Vázquez, presidente del Consejo Real de Castilla, don Cristóbal de Moura, el conde de Chinchón, consejero de temas relativos a Aragón o Italia, o don Juan de Idiáquez, consejero de Estado y asuntos exteriores. En contraposición a lo que harían sus sucesores, tanto Felipe III como Felipe IV, Felipe II va a firmar su testamento cuatro años antes de morir, en un contexto que así lo exigía: sus enfermedades, fruto de su edad avanzada para la época (casi 70 años) no parecían tener fin, a nivel internacional existía un relativo equilibrio europeo, y el futuro de su hija predilecta, Isabel Clara Eugenia, no parecía guardar esperanzas de ser reina de Francia. En referencia ésta última, el codicilo, suscrito tres años más tarde, reservará la segunda cláusula al matrimonio de Isabel y a la dote del mismo: los Países Bajos.

El testamento de Felipe II está dividido en cuarenta y nueve cláusulas, las diecinueve primeras (profesión de fe, enterramiento, pago de deudas, limosnas, celebración de sufragios...) son las que podríamos encontrar adaptadas en el testamento de cualquier particular, mientras que las treinta restantes son las últimas voluntades de un gobernante (Testimonio Compañía Editorial, 2016). Estas treinta disposiciones se dividen de tal modo que entre la número veinte y la veintisiete se ocupan de la Monarquía Hispánica, centrándose en tres temas de gran relevancia: la integridad del patrimonio real, la permanencia de la unión de las Coronas de Castilla y Portugal, y la devolución de lo enajenado a la Iglesia y Órdenes Militares, tema crucial en la política hacendística de Carlos V y Felipe II. A continuación, y tras los consejos a su hijo en su condición de heredero, se inicia la parte del testamento más internacional (cláusulas de la veintiocho a la cuarenta y dos), en la que el monarca establece el orden sucesorio y la temporal separación de los Países Bajos en favor de su hija Isabel Clara Eugenia. Por

---

<sup>31</sup> El Testamento y el Codicilo de Felipe II se conservan en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

último, las últimas cláusulas (de la cuarenta y tres a la cuarenta y nueve) sirven para asegurar y refrendar la inalterabilidad del contenido del testamento.

De entre todas las cláusulas, quizás las más llamativas sean las referidas al orden de sucesión y a la Monarquía Hispánica (Parker, 2010, p. 937). Si el príncipe Felipe fallecía antes que su padre o sin descendencia, su hermana Isabel Clara Eugenia sería la heredera universal a condición de que se viniera a vivir a España con sus hijos. Los siguientes en la línea sucesoria eran Catalina y sus hijos, teniendo la misma condición que su hermana Isabel. El carácter altamente previsor de Felipe II también se muestra cuando deja dispuesto que, de morir todos sus hijos y descendientes, la heredera universal de la Monarquía Hispánica sería su hermana María de Austria, que había sido emperatriz consorte del Sacro Imperio, y después los hijos de ésta. Felipe II va aun más allá al establecer que, de morir todos ellos también, la sucesión debía seguir la disposición de las leyes de las Siete Partidas, siempre teniendo a un único y universal heredero que debía ser un verdadero católico (Parker, 2010, p. 937).

## **9.2. La muerte de Felipe II**

A diferencia de su padre, Felipe II se va a mantener en el poder hasta sus últimos momentos, ya que va a morir el 13 de septiembre de 1598, prácticamente dos semanas después de abandonar algunas de las funciones estatales que todavía seguía realizando, recibir la extrema unción y esperar la muerte. Sin embargo, su salud y su ánimo habían decaído bastante desde 1592, tanto por su larga lucha contra las enfermedades<sup>32</sup> como por los acontecimientos que había tenido que vivir en los reinos ibéricos: la crisis aragonesa abierta tras la fuga de Antonio Pérez y los tumultos de Zaragoza, o la conjura del pastelero de Madrigal, planificada por el fraile agustino Miguel de los Santos y en la que se vio implicada Ana de Austria, nieta de Carlos I e hija de don Juan de Austria. Tras volver de Aragón, el Rey había empezado a despojarse de parte de sus responsabilidades, nombrando una Junta de Gobierno encabezada por Cristóbal de Moura, figura clave que lo acompañaría y le ayudaría a despachar los asuntos estatales más relevantes hasta su retiro total a finales de agosto de 1598. Además, mandó a su sobrino, el archiduque cardenal Alberto, que dejara su puesto de virrey de Portugal para

---

<sup>32</sup> "La gota que padecía desde hace años se le recrudeció de tal manera que el rey no pudo volver a escribir ni siquiera a firmar, dando potestad a su hijo, el futuro Felipe III, para que firmara en su nombre. Desde mayo de 1598, le había inmovilizado de tal manera que no soportaba ni la cama ni los sillones regios, y apenas podía dar unos pasos", Álvarez Fernández, 1998, pp. 936-937.

que viniera a la Corte para ayudar al príncipe Felipe en su incorporación progresiva a las tareas de Estado. A finales de junio de 1598, el Rey, que hasta entonces gobernaba desde el alcázar madrileño, ordenó su traslado al monasterio de El Escorial, sabiendo que le quedaba poco tiempo de vida y queriendo pasarlo en su refugio predilecto.

A partir de ese momento, Felipe II atraviesa sus momentos finales. La gota se le intensificó tan agudamente que no soportaba siquiera el roce de las sábanas, y un tumor maligno le afloró en una pierna. Por si no fuera suficiente, va a sufrir de llagas por todo el cuerpo por no moverse y una incontinenencia que llevó a abrir una abertura en el lecho para que el monarca no tuviera que levantarse. Y en medio de ese tormento perpetuo le visitaba Cristóbal de Moura para informarle acerca de los asuntos estatales más relevantes. En sus últimas semanas de vida, Felipe II hace que su hija Isabel Clara Eugenia permanezca siempre a su lado, que le pongan cerca del lecho algunas de sus reliquias más veneradas, y que se lean continuamente los textos sagrados. También llamó a su hijo y heredero, el príncipe Felipe, para que viera con sus propios ojos en qué acababan las glorias terrenales, y que los reyes, al fin y al cabo, eran hombres mortales. Cuando su hora se acerca, los médicos, por orden expresa del monarca, le informan de ello para que el Rey pudiera afrontar su muerte tal y como quería. Pidió el crucifijo con el que habían muerto sus padres, y falleció entre las oraciones de los presentes, a las tres de la madrugada del 13 de septiembre de 1598.

La extremada minuciosidad con la que el Rey organizó no solo todas los ritos de las últimas semanas de su vida, sino también todas las ceremonias de su propio funeral y su entierro son la última muestra que nos deja Felipe II acerca de la gran preocupación que sentía acerca de todo lo que tuviera que ver con la creación de su majestuosa imagen. Al contrario de lo que podría pensarse en un primer momento, el entierro del monarca más poderoso de su tiempo fue sobrio y muy sencillo por orden del mismo. La noche anterior a este entierro en El Escorial su cuerpo fue velado por religiosos y la guardia de los monteros de Espinosa en unas condiciones de penumbra, pues el Rey había dispuesto que solo se iluminara la oscura estancia con cuatro cirios. Entre otras cosas, también dejó escritas instrucciones precisas de cómo debía ser su funeral, y de los ritos a seguir a la hora de enterrarlo, sorprendiendo tanto a sus contemporáneos como se puede ver al sorprendido fray Jerónimo de Sepúlveda "*...no parecía que iba a morir, sino a alguna gran fiesta.*"<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> ZARCO CUEVAS, J. (1924): *Historia de varios sucesos de las cosas notables que han acaecido en España y otras naciones desde el año 1584 hasta el de 1603*. Imprenta Helénica, Madrid, pp. 203-204.

## 10. Conclusiones

---

Tras haber llevado a cabo este trabajo bibliográfico, son varias las conclusiones que se plantean a varios niveles. Teniendo en cuenta que la meta del trabajo era hacer un breve compendio acerca de las principales características de la red propagandística utilizada por Felipe II para realizar su particular campaña de visualización del poder, creo que ese objetivo ha quedado más que satisfecho. A pesar de que, debido a la extensión del mismo trabajo, no se han tratado todos los aspectos que podrían tocarse, sí se ha hecho hincapié en los más trascendentales, como el origen del periodo de la unión ibérica, el intento de invasión y derrocamiento de la Inglaterra protestante de Isabel I, la lucha con el musulmán otomano en el Mediterráneo, la rebelión y guerra con las Provincias Unidas, la política para hacer al rey presente entre sus súbditos, o su propio testamento y muerte. Creo que en ese sentido se han cumplido satisfactoriamente los objetivos planteados.

Como mencionaba en los antecedentes, dada la escasa bibliografía que existe sobre esta temática, creo que este trabajo puede ser muy útil de cara a futuros estudiantes que quieran indagar en la misma o similares temáticas, siendo una gran introducción tanto para conocer los contenidos expuestos como para saber las principales fuentes bibliográficas a las que se puede acceder para conocerlos. La mayor parte de autores de este corpus bibliográfico han publicado estos trabajos en los últimos veinte años, por lo que suponen una fuente de conocimientos imprescindible y totalmente vigente para llevar a cabo cualquier estudio en lo que a este tipo de temáticas se refiere.

Un hecho evidente que saco de conclusión es que, ya sea un faraón egipcio construyendo una pirámide, un gobernante de Abu Dhabi construyendo un rascacielos, o Felipe II encargando cuadros alegóricos de sus gestas a Tiziano o El Greco, todos los soberanos o gobernantes a lo largo de la Historia han tratado de mostrar su poder tanto a sus súbditos/ciudadanos como al resto de habitantes de territorios cercanos o más lejanos. La necesidad imperiosa de querer quedar para la Historia, de hacer algo grande por lo que quede en la memoria colectiva de la sociedad, es algo que ha existido prácticamente desde que la sociedad misma existe, y seguirá sirviendo como herramienta fundamental a la hora de justificar el origen de ese poder en cada contexto espacio temporal.

## 11. Bibliografía

---

- ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, M. (1998): *Felipe II y su tiempo*. Editorial Espasa, Madrid.
- BOUZA, F. (1998): *Imagen y propaganda: capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*. Editorial Akal, Madrid.
- BOUZA, F. (1998): *Cartas de Felipe II a sus hijas*. Editorial Akal, Madrid.
- CARRIÓ-INVERNIZZI, D. (2015): "Mecenazgo artístico, ceremonial y propaganda en la Historia moderna", en *II Encuentro de jóvenes investigadores en Historia moderna. Líneas recientes de investigación en Historia moderna*. Universidad Rey Juan Carlos, Madrid.
- CHECA CREMADES, F. (1989): "Felipe II en el Escorial. La representación del poder real", en *Anales de Historia del Arte*, nº1, pp. 121-139.
- HUTCHINSON, R. (2013): *La armada invencible*. Ediciones Pasado y Presente, Barcelona.
- KAGAN, R.; PARKER, G. (2001): *España, Europa y el mundo Atlántico. Homenaje a John Elliott*. Ediciones Marcial Pons Historia, Madrid.
- MARTÍNEZ-MILLÁN (dir.): *La corte de Felipe II*. Editorial Alianza, 1994, Madrid.
- MÍNGUEZ, V. (2011): "Iconografía de Lepanto. Arte, propaganda y representación simbólica de una monarquía universal y católica", en *Obradoiro de Historia Moderna*, nº20, pp. 251-280.
- PARKER, G. (2010): *Felipe II: la biografía definitiva*. Editorial Planeta, Barcelona.
- SORIA MESA, E. (2011): "La imagen del poder. Un acercamiento a las prácticas de visualización del poder en la España Moderna", en *Historia y genealogía*, nº1, pp. 5-10.

STRADLING, R. (1990): "¿Leyenda invencible? La herencia cultural del año 1588 y la Historia de España e Inglaterra", en *Contrastes*, nº5-6, pp. 7-20.

WESSELS, L. (1999): "Tirano o soberano. La imagen cambiante de Felipe II en la historiografía holandesa desde Bor hasta Fruin (siglo XVI-XIX)" en *Cuadernos de Historia Moderna*, nº22, pp. 157-181.

"Felipe II, un monarca y su época: la monarquía hispánica", Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 1998, pp. 167-234.

*Testamento y codicilo de Felipe II* (2015), de Testimonio Compañía Editorial. Recuperado del Sitio web: <http://testimonio.com/testamento-y-codicilo-de-felipe-ii.html> el 27 de junio de 2016.

## 12. Anexo

---



Figura 1 *Felipe II ofreciéndole al cielo al infante Don Fernando*. Tiziano Vecellio. Museo del Prado.



Figura 2 *La religión socorrida por España*. Tiziano Vecellio. Museo del Prado.



Figura 3 *Alegoría de la Liga Santa*. El Greco. Monasterio de El Escorial

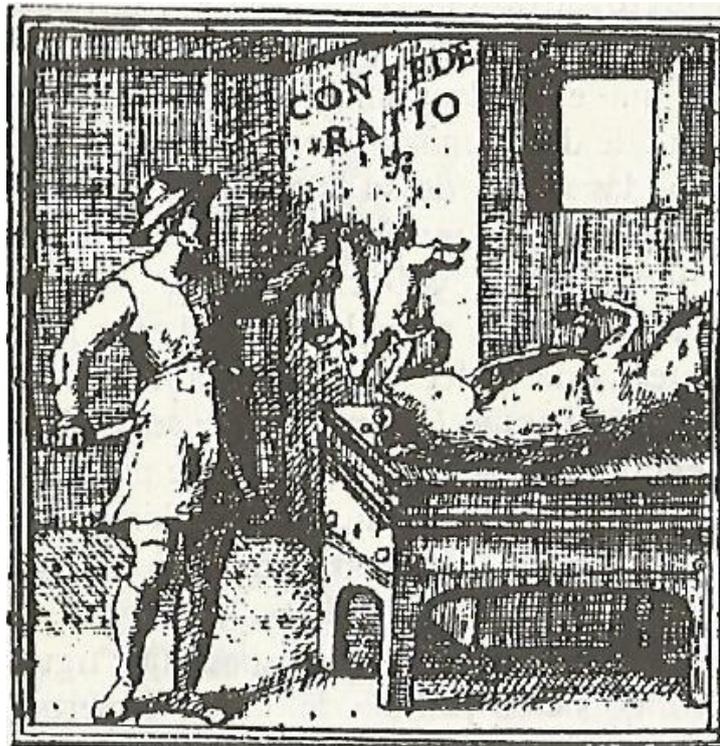


Figura 4 Alegoría "Confederatio". *Diálogo llamado Philippino*, Lorenzo de San Pedro. Biblioteca de El Escorial.



Figura 5 Alegoría "Restitutio". *Diálogo llamado Philippino*, Lorenzo de San Pedro. Biblioteca de El Escorial.

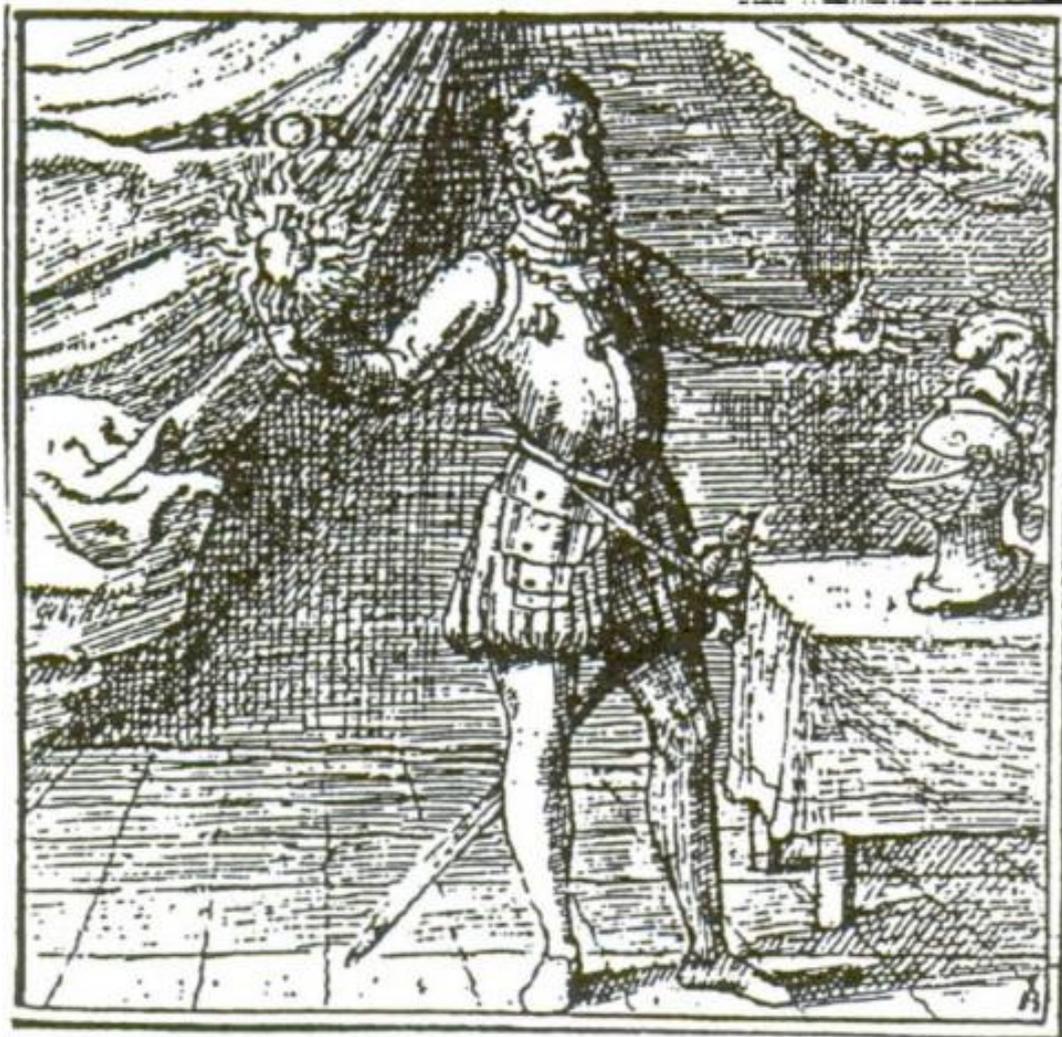


Figura 6 "Amor y favor". *Diálogo llamado Philippino*. Lorenzo de San Pedro. Biblioteca de El Escorial.

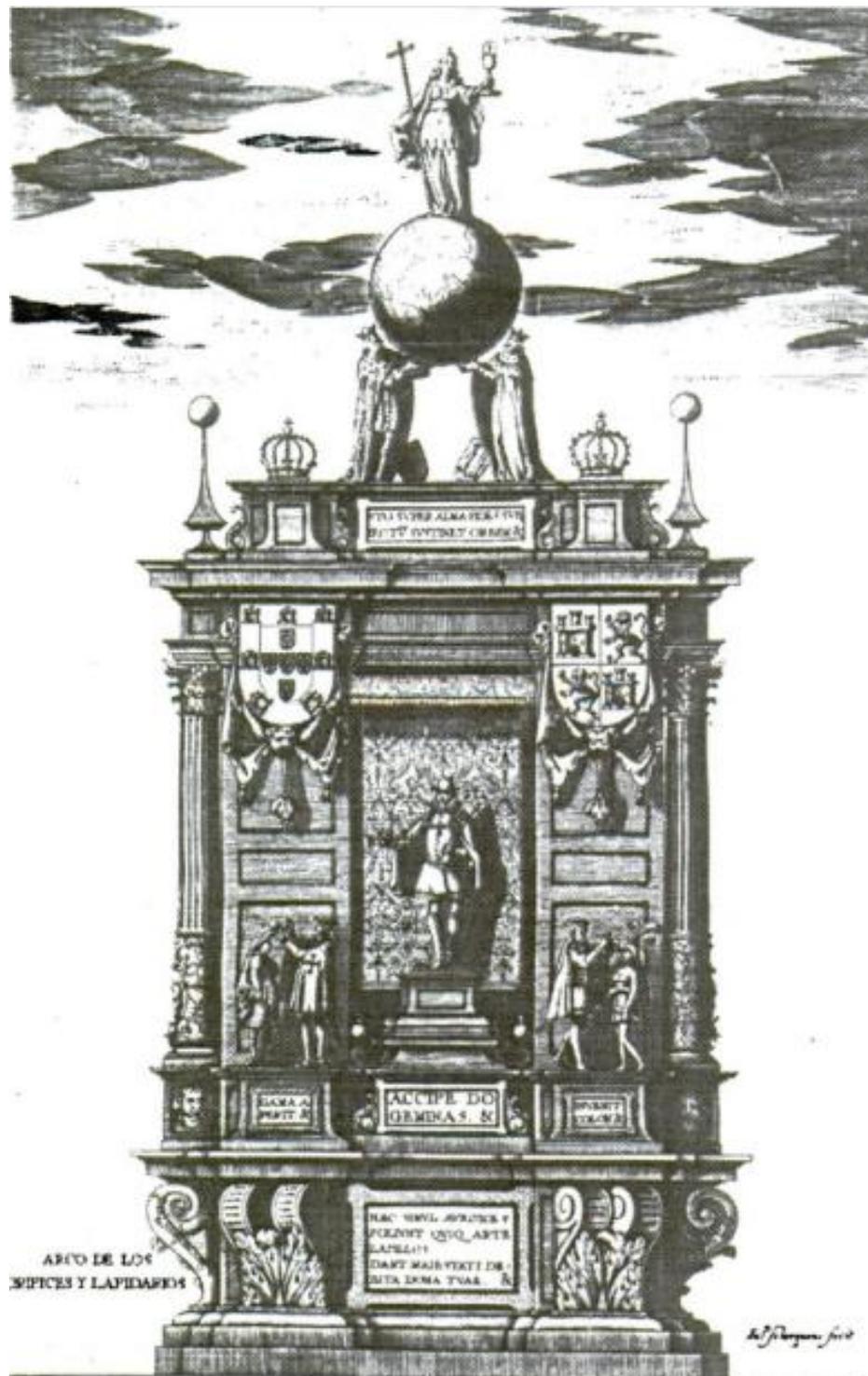


Figura 7 "Arco de los orífices y lapidarios". *Viagem da Catholica Real Magestade del Rey N.S. ao Reyno de Portugal*, João Baptista Lavanha. Madrid, 1621



Figura 8 *Retrato de la Armada*. Anónimo. Abadía de Woburn